MARTIN DE LUCENAY

LOS RITOS DEL AMOR



TEMAS SEXUALES

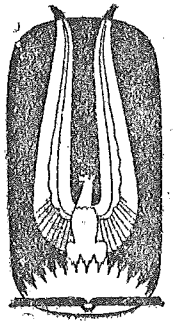
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

49

A. MARTIN DE LUCENAY

LOS MITOS DEL AMOR

Las grandes figuras mitológicas.—El paganismo de los pueblos antiguos.—Leyendas mitológicas. Helena de Troya.—El amor en la Mitología egipcia.—Los pueblos orientales



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
MARZO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

En casi todos los pueblos del orbe, el amor tuvo en otros tiempos la importancia de una religión exclusivamente dedicada al placer y a la procreación, ya que los hijos tenían que serlo del amor, y, por tanto, también de los dioses que presidían todas las funciones psíquicas y animales del organismo humano, que siempre fué considerado como la organización más perfecta de toda la Creación.

Toda la moral sexual de los tiempos primitivos estaba contenida en las reglas de un culto, a veces exagerado, pero casi siempre ordenado y fijo, cuyas figuras se desenvolvían en una vida de actos fabulosos propios de los seres superiores, que los humanos se esforzaban en imitar, ya que esas divinidades mitológicas, plenas de poder y de sabiduría, constituían un sistema de dioses omnipotentes para cada aspecto de la actividad humana, cuyos misterios ellos sólos conocían, puesto que resultaban inaccesibles a las posibilidades del hombre.

El origen de los mitos se presenta bastante oscuro en algunos aspectos; otros aparecen claros y ordenados, en una sucesión lógica de hechos, con arreglo a la mentalidad de los hombres primitivos; pero en toda la iniciación de las creencias que a Occidente fueron traídas de Oriente, y humanizadas por los primeros griegos, se ve que la religión natural brota del terror que en las gentes producen hechos inexplicables, que sólo pueden ser promovidos por seres superiores, y no por la Naturaleza como persona abstracta.

El hombre teme algo que desconoce y le aterra; en este terror existe un deseo vehemente de someterse a los poderes superiores que causan las enfermedades y la muerte, capaces de interrumpir el curso normal de la existencia ordinaria, y entonces crea sus dioses, los adora y les brinda sacrificios que tienen por objeto aplacar sus iras poderosas o invocar sus favores. En esta religión, como en todas, el móvil principal de la adorración no está en la disposición neta del espíritu, sino que las conveniencias materiales son las que justifican el politeísmo, a diferencia de los panteístas, que no creían

en más dioses que en el que condensaba la absoluta totalidad del Universo.

Los griegos, como decimos, adaptaron el panteísmo de los orientales a sus conveniencias, humanizándolos, dándoles forma humana, dotándoles de todas las superiores perfecciones que pueden ostentar los hombres, y los trajeron, en suma, al plano de la humanidad para que pudieran convivir con ella. Así es como la moral divina se hizo humana, o, por mejor decir, empezó a serlo, ya que el Cristianismo acabó de completar la obra iniciada por los orientales y perfeccionada por los griegos, que antes adoraron a los muertos y a las divinidades domésticas, amén de a los dioses subterráneos, *que también eran considerados como* héroes, *precisamente por ser los progenitores de la raza, y a los que se adoraba en sus tumbas.*

Pero no vamos a ocuparnos del desarrollo de las creencias religiosas en los pueblos antiguos, ya que lo que principalmente nos interesa es lo que se refiere a los mitos *del amor o sean las narraciones poéticas que se refieren al nacimiento, vida y acciones de las divinidades del paganismo, con toda su corte de héroes y semidioses, ateniéndonos a las bases naturalistas o históricas en la medida que es posible colegir de todo cuanto a este respecto nos legaron los autores de aquellas épocas tan remotas lo mismo por medio del escrito que por la escultura y la pintura.*

Todos los dioses recibieron en cada país una denominación distinta, y algunos fueron transformados en su misión o influencia sobre los seres humanos. Los sistemas del culto fueron también diferentes, lo mismo que los sacrificios, y así vemos que la primitiva Diana de Efeso, símbolo de la maternidad, provista de innumerables pechos, fué convertida en una arriesgada y ágil cazadora, provista de dos mamas perfectamente normales, en un ser divino y casto, que los griegos llamaron Artemis y los romanos Diana. No cabe duda que la diosa que en el Peloponeso fué adorada bajo la advocación de la fecundidad y de los muertos, podía también, según los griegos, matar a las mujeres en el momento del parto. Pero los romanos la convirtieron en diosa de los bosques, de las fuentes, de la luna y de una porción de cosas más, que destruía casi por completo el primitivo concepto de diosa de la abundancia expresado en sus pechos múltiples y ubérrimos, según se la adoró en Efeso como protectora de todos los seres creados, a los que nutría, incluso a los animales de las selvas y de los campos.

Cada divinidad fué multiplicada por los adoradores de los distintos pueblos en que se practicó su culto, y así es como resulta posible encontrar dioses y diosas en competencia que se empeñan en luchas, guerras e intrigas de todo género, unas veces inspirados en el amor y otras en la ambición, que lo mismo en aquellos tiempos que en los presentes han sido las fuerzas más poderosas que han regido los destinos de las personas y del Universo.

LAS GRANDES FIGURAS MITOLOGICAS

Equivalencias de la diosa Venus.—Sus orígenes. Los dioses olímpicos.—Su matrimonio con Vulcano y el adulterio con Marte.—Cómo fueron hallados.—Las aventuras de la diosa.—El designio de Zeus.—Adonis.—Las licencias de Venus.—Eros y su cortejo.—Las musas.—Bases del naturalismo griego.—La significación sexual de los ritos.—Diana y sus aventuras.—Divinidades secundarias.—El dios Pan y sus sacerdotes.—El dios Baco y las bacantes.

En las cuestiones del amor en el naturalismo de la antigüedad griega, la diosa Venus o Afrodita, equivale a la Mylita de los asirios, a la Astarté fenicia, a la Isis egipcia, a la Venus romana, a la Freja de los escandinavos, a la Amateratsú de los japoneses, a la Kwannon de los shintoístas, etc. En todas las mitologías y en las religiones derivadas de esos principios, la Afrodita griega sirve de modelo, por así decir, a todas las divinidades femeninas que entienden en los negocios del amor, de la sexualidad, de la belleza, de la alegría sensual y de la felicidad de los amantes, a los que protege, y cuyos actos preside.

Venus representaba entonces al amor; es la diosa de la Carne, de la Belleza y de la Voluptuosidad; es la atracción, la vida naciente, la perfección de las formas, todo lo que hay de bello en la existencia de los seres en la época floreciente del amor. Pertenece al grupo de las doce grandes divinidades de los griegos y los romanos, y, según el mito, esta diosa, la más popular de Grecia entre todas las deidades olímpicas, nació de las espumas del mar, de donde deriva su nombra, Afrodita, de *aphros,* espuma.

El nacimiento de la gran divinidad tuvo su origen en una riña entre Cronos, dios del tiempo, y Urano, padre de aquél. Cronos venció a su padre, y, valiéndose de un cuchillo, le mutiló los genitales, que arrojó al mar. Estos despojos permanecieron algún tiempo flotando en las aguas, hasta que se formó una gran espuma blanca

producida por el contacto de una gota de sangre de los genitales del viejo con el agua salada del mar, personificada en una oceánida, Dione, a la que amaba Urano, el cual también recibió los nombres de Zeus y Júpiter.

Las hermanas de Dione, al ver surgir a su sobrina de la espuma de las aguas, la colocaron en una concha, la cual, movida por el tenue soplo de los Céfiros, hijos del Viento, llegó hasta la isla griega de Citerea, donde las oceánidas la acogieron cariñosamente.

La virgen creció, rodeada de toda clase de atenciones por sus protectoras, y, cuando hubo alcanzado el más perfecto desarrollo de sus formas con la pubertad y la disposición para el amor, las Horas, hijas de Thémis y de Zeus, la condujeron al Olimpo, donde los dioses esperaban ansiosamente su llegada.

Seducidos los dioses por los encantos incomparables de la joven divinidad, ni uno sólo dejó de codiciarla, y parece ser que entre ellos surgieron graves desavenencias, sobre todo, cuando a Afrodita se le ocurrió interpretar unas danzas que debieron avivar bastante la sensualidad de los dioses, casi todos ellos hombres de edad poco propicia para entregarse al amor, a no ser en virtud de los recursos de los poderes divinos.

Zeus, que, naturalmente, no perdía de vista a la criatura, como cumple a un padre celoso del honor familiar, intervino en la contienda y entregó la diosa a su amigo Vulcano, dios del Fuego, el cual había forjado los cuatro célebres rayos, gracias a los cuales el Olimpo pudo resistir las acometidas de los Gigantes de la Tierra. Pero como Vulcano era un hombre grosero, sucio, cojo y de una fealdad horripilante, Afrodita se dejó seducir por el apuesto Marte, dios de la Guerra, al que, seguramente, entregó el tesoro de su virginidad, bastante excitada por la adoración de los dioses que tanto la codiciaron.

Marte o Ares, puesto que de las dos maneras se denomina al autor de la madera que creció en la frente de Vulcano o Hefaistos, dios del Fuego, de las fraguas, de los herreros, etc., estaba muy tranquilo gozando de los encantos de la adúltera, cuando se presentó el marido, el cual no dijo una palabra, pero al día siguiente extendió una red de hilos imperceptibles sobre el lecho de su casquivana señora, y en tal red quedaron presos los adúlteros al repetir sus voluptuosos juegos. Entonces llamó a todos los dioses para demostrarles que Afrodita le había traicionado. La situación en que estaban los dos personajes cogidos en la red era, como dice

un remotísimo historiador, la siguiente: "Marte, con las manos hundidas en la dorada cabellera de Venus, parecía estar cabalgando sobre una yegua con las riendas de oro", lo que indica claramente que la posesión de Venus no la efectuó el fogoso guerrero con arreglo a lo que hemos dado en llamar posición clásica.

Pero los dioses no se indignaron ni sonrieron siquiera: era mucha la belleza de la diosa para tomar a broma aquella postura antiestética. Mercurio, lejos de mostrar la menor contrariedad, se enamoró perdidamene de la adúltera, y Neptuno, dios de las Aguas, consiguió que Venus quedara libre a condición de que Marte pagara un rescate como indemnización por el ultraje. Venus, que no profesaba el menor cariño a su amante, sino que sólo se había unido a él por deseo de los sentidos, tomó el camino de Chipre, aunque sin dejar de pertenecer al Olimpo, donde cumplía con su misión divina de llenar los corazones, lo mismo de los mortales que de los inmortales, del hermoso sentimiento del amor. Ella seguía siendo la divinidad que inspiraba la ternura y los deseos en el corazón de los humanos, que unía a los amantes y les conducía al lecho de bodas.

En Chipre procuró conservarse casta, dejándose de líos amorosos, ya que no encontraba un hombre capaz de impresionarla, aparte de que sus licencias eróticas con Marte la trajeron unas consecuencias naturalísimas, ya que al poco tiempo dió a luz con toda felicidad un robusto infante que recibió el nombre de Eros, o sea el representante masculino del Amor. Este hijo, además de adulterino, era incestuoso, ya que Marte o Ares era hijo del padre de Afrodita.

La madre se entregó de lleno a los cuidados de la criaturita, rechazando las numerosas proposiciones deshonestas que le hicieron los dioses, los cuales andaban tras ella como canes en celo. Uno de los que más se distinguieron, en su afán de disfrutar el exquisito bocado de Venus, fué Tifón, un gigante empeñado en asaltar el cielo, el cual se enamoró ardientemente de la joven madre. Pero ésta, que, por lo visto, no gustaba de un amante tan fabuloso, procuró escapar en unión de Eros. Perseguida por el gigante, tuvo tiempo de llegar a las riberas del río Eúfrates, y cuando estaba a punto de ser capturada por su obstinado amante, surgieron de las aguas dos valerosos peces que, tomando a la madre y al hijo, les condujeron a la otra orilla, con lo que Tifón quedó burlado y en la imposibilidad de proseguir la persecución de los fugitivos.

Por fin, pudo la feliz madre vivir tranquila algún tiempo, velando por su hijo. Ambos se ocultaron como los dioses les dieron a

entender, hasta que Júpites, es decir, Zeus, o, de otra forma, el abuelo de la criaturita, temeroso de que el niño pudiera manifestar inclinaciones perversas, en vista de su origen adulterino, encargó a Venus que se deshiciera de él. Pero no estaba Venus por obedecer a su padre, ya que realmente adoraba al niño, y entonces le ocultó en unos espesos bosques, suplicando de los dioses que no abandonaran a la criatura, mientras ella se ponía a cubierto de los perseguidores que por orden de su padre la andaban buscando.

Los dioses debieron escuchar la plegaria de su compañera, por cuanto que, al poco tiempo, hizo su aparición la cabra Amaltea, que se encargó de darle de mamar al niño, cuidándole hasta que estuvo en condiciones de valerse por sí solo.

La criatura fué creciendo, y cuando fué capaz de manejar el arco, hacia los tres o cuatro años, según nos le pintan, se construyó él solo un arma de esta naturaleza, con la que se entretenía en herir a los animales. Como se ve, su abuelo tuvo razón para pedirle a Afrodita que se deshiciera de su retoño, temiendo que sus instintos habrían de ser bastante crueles.

Cuando ya adquirió la suficiente destreza en el manejo del arco, Vulcano le regaló un carcaj atestado de flechas, unas de las cuales estaban fabricadas de oro y de punta muy aguda, que tenían la virtud de encender en las almas pasiones indomables, y otras más bastas, de plomo, que sembraban en el corazón que tocaban el frío y la antipatía. El angelito, desde entonces, se dedicó a lanzar flechas a diestro y siniestro, unas veces las de oro, para enamorar a unos, y otras veces de plomo, para que el amor no prendiera en los corazones.

Su mamá, mientras tanto, no parecía acordarse mucho del chiquillo, y todo su afán se encaminó hacia Adonis, un bellísimo mancebo hijo de Cinyras, rey de Chipre, y de Myrra.

La diosa se enamoró perdidamente del galán en ocasión en que éste se encontraba cazando, su deporte favorito. El muchacho se dejó querer, y, aunque seguramente se hubiera entendido mejor con cualquier rudo pastor de las montañas, amó a Venus como ella quiso. No duró mucho tiempo aquel amor, pues un día cazando jabalíes fué acometido por uno de los paquidermos, el cual destrozó a dentelladas el bello cuerpo de Adonis. Afrodita le lloró desconsoladamente, y como, a pesar de ser una diosa, no podía devolverle la vida, como recuerdo de sus amores le convirtió en anémona.

No duró mucho su pena, ya que pronto entabló relaciones íntimas con Mercurio, el dios de los comerciantes, con el cual vivió feliz unos días nada más. Esta desdichada mujer no acababa de encontrar la horma de su zapato. Corrió diversas aventuras con seres divinos y humanos, sin reparar en profesiones ni categorías sociales. No fué un modelo de virtudes, ni muchísimo menos; pero, a pesar de ello, volvió al Olimpo y se entregó a la vida tranquila que había abandonado, para *correrla*, lo que consiguió plenamente y sin que se la quedase nada por hacer,

En Grecia fué, sobre todas las cosas, la diosa del amor y de la belleza de la mujer, desde el punto de vista de la sensualidad. Homero dice que fué despreciada por su hermana Atenea, la cual era de temperamento enérgico y casi viril. Afrodita, dolida de los desdenes de su hermana, se lamentó ante su padre, el cual la dijo: "serás tú, hijita mía, la encargada de las acciones guerreras; antes bien, ordena eternamente las graciosas tareas del matrimonio".

Pero, realmente, no eran las "tareas del matrimonio" lo que ella ordenaba, ya que lo menos que debe hacer un dios es predicar con el mejor ejemplo, y la existencia de Afrodita no puede considerarse como un modelo de ejemplaridad, ya que su matrimonio con Vulcano y su adulterio con Marte y con los demás dioses y personajillos del retablo mitológico, la acreditaron como una gozadora que nada hubiera podido echarle en cara a la misma Mesalina.

Por otra parte, el hecho de que siempre se acompañara de Eros, personificación del erotismo, revela bien clara su naturaleza sensual y su temperamento poco propicio a la calma de la carne. De Eros se derivan otros personajes que no llegaron a alcanzar la categoría de verdaderos dioses, como Himeros, representación del impulso erótico, y Photos, que encarna el deseo de amar.

A Eros no se le representó en la misma forma en todo tiempo. A partir del siglo V, antes de Jesucristo, se nos aparece el dios como un niño alado, con adornos de flores, cintas y coronas y con una lira en la mano; pero ya en el siglo IV se le asignan como atributos el carcaj y las flechas que le regaló Vulcano, y en algunos sitios aparece con una antorcha en la mano en lugar de la lira. En otras imágenes se le representa con la antorcha apagada o con una espada, en cuyo caso adquiere la personificación de Thanatos, dios de la Muerte.

Tal es, a grandes trazos descrita, la vida de la diosa Afrodita. Excepción hecha de ciertas degeneraciones del antiguo culto del amor, se advierte la expresión de los sentimientos y de los deseos

naturales de aquellos pueblos en plena fuerza vital. El culto a Venus o Afrodita no cesó completamente ni aun a pesar de los esfuerzos del Cristianismo, que hizo cuanto fué posible para destruirle. Venus era la diosa creadora, la *Venus generatrix,* adorada como la madre bienhechora. Se la llamó también "Pandemos", por la relación que la sensualidad tiene con el amor, sobrenombre que no tenía ninguna significación baja en su origen, aunque posteriormente se representó bajo esta calificación el deseo sexual puro y simple.

Venus fué la única divinidad de primer orden que fué representada en imágenes completamente desnuda, derecho exclusivo de la diosa del amor para mostrar todos sus encantos. Sólo la Venus de Milo aparece vestida de cintura para abajo.

Los antiguos griegos y romanos personificaron el amor, no solamente en Venus, sino también en su hijo Eros, dios del Amor exclusivamente, ya que no de la Belleza. Si tenía el poder de herir con sus flechas a los dioses y a los hombres, es porque nadie podía resistir su potencia, y era el vencedor de todos los seres vivientes, incluso de su propia madre que tampoco podía resistir los efectos de las flechas del dios alado. Sófocles nos habla en su *Antígona* de la omnipotencia del dios del Amor, y los antiguos filósofos le representaban como el creador de todos los seres vivientes, ya que no se concebía que los hijos pudieran ser engendrados sin la intervención del amor, la más poderosa de todas las fuerzas creadoras.

Pero, realmente, no era el amor, según lo entendemos modernamente, esto es, como fuerza espiritual, lo que daba lugar a la procreación; más bien era el deseo carnal, la sensualidad, la erótica, que forzosamente debía de ir asociada a la energía procreadora de la raza.

Venus, que siempre se hacía acompañar de su hijo Eros, iba seguida de otras divinidades que les servían de ayudas: Hymen, dios del matrimonio; Himeros, del deseo sexual; Focus, de la alegría; Fortuna, de la buena suerte; Baco, de la orgía, etc., a más de las nueve musas que constantemente acompañaban a Eros, los genios de las Bellas Artes, nobles seres que estaban favorablemente dispuestas hacia todos los hombres, como las tres Gracias, de las que provenía todo cuanto es amable y dispensador de los placeres, de la alegría y la voluptuosidad.

En los tiempos primitivos, las Gracias estuvieron representadas completamente vestidas; pero desde el siglo V, antes de Jesucristo, forman en Atenas un grupo unido por las manos, vestidas aún; hasta que en el siglo III ya se las representa completamente desnudas. Los nombres de las Gracias eran: Eufrosina, o sentido de la alegría; Talía, amiga de la vida, y Aglaia, o la caridad. (Lámina I.)

Las musas que constantemente iban en pos de Eros eran: Caliope, por cuya hermosa voz era considerada como la musa de los cantos heroicos y de las elegías, siendo representada con unas tablillas para escribir y un estilete. Clío, la que canta las hazañas fabulosas de los héroes y hace que éstos pasen a la historia; se la representa con un rollo de pápiro. Euterpe, la musa de la alegría, la lírica, que lleva siempre una doble flauta. Talía, musa del teatro, provista de una máscara. Melpómene, representante de la tragedia, y con máscara trágica. Terpsícore, la alegre y eterna danzarina, que simboliza el baile y la lírica coral, siempre acompañada de su lira. Urania, musa de la astronomía, que lleva una bóveda celeste. Erato, la enamorada que canta eternamente los placeres del amor, provista de una cítara, y, finalmente, Polimnia, la que conocía numerosos himnos, y era la encargada de interpretar las danzas rituales y los cantos sagrados, por lo que se la representa velada y recatada.

Toda esta corte de los dioses principales, Afrodita y Eros, constituye el conjunto armónico de las inspiraciones de la sensualidad que necesariamente han de acompañar al amor para que éste sea perfecto y reproductivo. La vista y el oído, que son los sentidos más nobles del ser humano, eran estimulados por las musas en nombre del amor y como complemento imprescindible de éste. El hecho de que la mayoría de estos personajes se representasen en plena desnudez, no podía interpretarse como fin de provocar la sensualidad, pues si el arte antiguo exponía el desnudo sin velos de ninguna clase o, a lo sumo, muy tenues, era sólo con el objeto de representar la verdad y la naturaleza, a la vez que con la intención de adaptarse a las ceremonias del culto religioso y de servir a la educación popular de acuerdo con las ideas de la religión naturalista.

Con este mismo fin, en ocasión de ciertas fiestas religiosas, especialmente las de Dyonisos, en la Grecia antigua, se hacía figurar en el cortejo la imagen del órgano masculino de la generación, el *phallus,* el cual portaban sin ningún escrúpulo las damas más respetables, porque esta imagen no se consideró entonces como inmoral. *Phallus,* como veremos más adelante, fué objeto de un culto general en la religión natural de Oriente, la India, Egipto y Grecia. El

origen de tal culto fué la necesidad de representar de una manera alegórica la unión misteriosa del hombre y de la mujer, que es, en la naturaleza, la raíz de la existencia de toda criatura viviente. Mucho más tarde, cuando Roma se convirtió en el teatro de todos los vicios y desenfrenos sexuales, el culto al falo se consideró perjudicial a la moral, por lo que fué prohibido por el Senado romano (1).

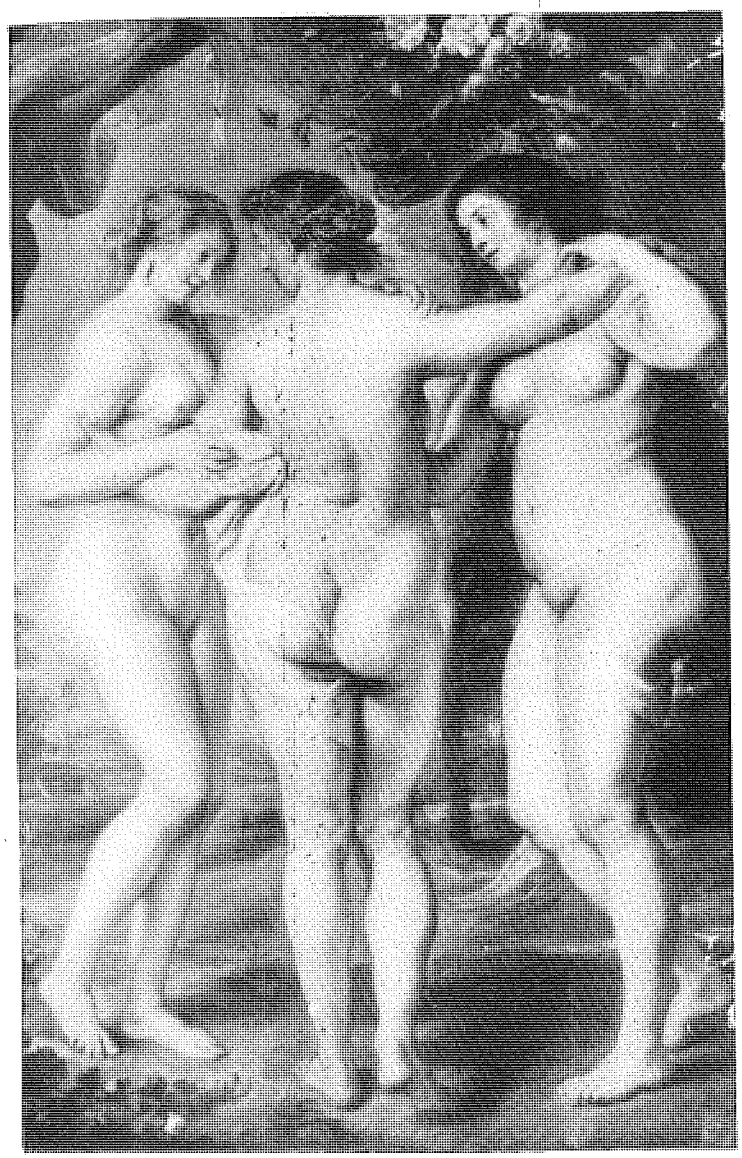
Aunque el culto de Venus y del Amor asumió entre los griegos y romanos la importancia de la religión fundamental, no por eso puede decirse que el desenfreno sexual fuera la característica de la época. Si es cierto que las solemnidades celebradas en honor de los dioses implicaban casi siempre la necesidad de entregarse al amor en todas sus formas, no lo es menos que la castidad era practicada por los dioses y por los humanos. Minerva, la diosa de la sabiduría, hizo el firme propósito en su juventud de guardar eternamente la virginidad y negarse en absoluto al amor y el matrimonio, con objeto de que Cupido no pudiera nunca ejercer sobre ella su poderosa influencia.

Otro tanto se dice de Diana, diosa de la caza y de la fecundidad, la caritativa protectora de las parturientas, la de múltiples mamas, que nunca quiso acceder a las pretensiones sexuales de los hombres ni de los dioses, hasta el punto de que Sófocles la llamó "la eternamente casta". Fué, en efecto, la protectora de la castidad que recompensaba esta virtud y castigaba a quienes atentaban contra ella.

Diana fué tan adorada en Efeso que, en su honor, se levantaron numerosos y grandes templos. En nombre de la diosa se exigía la virginidad a todas las mujeres que servían en sus templos. Como Venus y Amor no podían someterla a sus leyes, se enamoró de Endymión cuando le vió dormido, ya que también era Diana la diosa de la luna. Pero se limitó a admirar su belleza y a besarle en los labios, retirándose en seguida de aquel personaje tan peligroso para la fidelidad de sus votos. El joven experimentó tal placer durante su sueño, que suplicó de Zeus le hiciese dormir eternamente. También en la mitología romana hubo una diosa casta llamada Pudicitia; pero su culto no debió ser muy acendrado.

Refiriéndose a la Diana o Pudicitia de los romanos, dice Steuding: "Seguramente perteneció también Diana a la serie de diosas de la fecundidad. Como todas las demás, se la adoraba en los bos-

(1) Véase el volumen siguiente titulado *El culto fálico*.



LAS TRES GRACIAS (Rubens)
Formaban parte del cortejo de Venus y de Eros, las divinidades del Amor, al que prestaban su sabiduría y sus encantos para hacerle más atractivo e irresistible

LAMINA I



DIANA (Nattier)
En la Mitología tuvo distintos nombres, así como diversos cometidos. Intervino también en las cuestiones del amor, y aunque fué siempre muy casta, tuvo 50 hijos en un solo día

LAMINA II

ques ricos en agua y especialmente sobre la montaña Tifata en Capua y en la ribera del lago Cráter, en Aric'a, el cual se llamaba "espejo de Diana". En este lugar era exaltado al sacerdocio aquel que lograba vencer al que hasta entonces había sido sacerdote, golpeándole con una rama arrancada del árbol sagrado. Al parecer, esto fué una especie de sacrificio humano que se realizaba con ayuda de la diosa que transmitía su poder al árbol."

En Roma, Diana no tuvo más que un templo en el Aventino, lo que prueba que la castidad no fué nunca una virtud muy apreciada por los romanos, aunque se celebraban fiestas en honor de la diosa cazadora. Diana protegía a todos los humildes, especialmente a los esclavos y a los que se refugiaban en los bosques que estaban bajo su advocación. Las mujeres la adoraron, no por ser la diosa de la castidad, sino porque dispensaba la fecundidad y facilitaba los partos. No obstante, el mayor número de imágenes que se conocen de Diana la representan como diosa de la caza. (Lámina II.)

En un plano más secundario de la enorme teoría de divinidades griegas, están toda la legión de las ninfas y los sátiros, las náyades, las sirenas, los centauros, los silenos y toda esa gente que, en su mayoría, eran seres enamoradizos y lúbricos, especialmente el dios Pan, hijo de Hermes, considerado como el espíritu de la fecundidad de la tierra, al que se representa en la figura de un macho cabrío encarnador de la impetuosidad fecundante. Sus satélites, los sátiros, eran tal vez más ardientes que su jefe y mucho más inmorales, pues mientras Pan entendía en las cuestiones de la fecundidad, los otros personajes no sabían más que de los desmanes eróticos, no parándose en barras cuando de satisfacer su lujuria se trataba, lo que tenía lugar lo mismo con mujeres que con las hembras de los animales. Eran muy amigos de Baco, por lo que, además de mujeriegos, también eran borrachos.

"Aunque Pan se presenta como macho cabrío—dice Steuding—, puede convertirse, según las creencias de los pastores arcadios, en una figura divina de pastor, siendo, como antes, el demonio de la fecundidad. Actúa en esta forma multiplicando y haciendo prosperar los ganados. Como los mismos pastores, vive en verano en las alturas montañosas de las cordilleras, y desciende en invierno a las llanuras. Descansa en las calurosas horas del mediodía, y sopla en la flauta pastoril (siringa) en los crepúsculos. De una manera excepcional, es a veces cazador, pescador y guerrero. En ocasiones, dispersa repentinamente a los rebaños y a los ejércitos, infundién-

doles un miedo inexplicable, un pavor irresistible. Amó a la diosa de la luna, Selene, verosímilmente, porque las apariciones lunares proporcionan pastos frescos y lozanos. Desde la Arcadia, donde, junto a Hermes, ocupa el primer lugar, se extendió su culto sobre la Argólida hacia Atenas y desde el Parnaso hasta Tesalia. A causa de su esencia, afín a la de los sátiros, se unió, más tarde, con estos protectores de la viticultura, en el culto a Dyonisos. Los filósofos, finalmente, por interpretación de su nombre, y por su semejanza con el gran dios de Mendes, en Egipto, le asignaron también figura de macho cabrío, considerándole señor todopoderoso y espíritu vital de la Naturaleza, cuya muerte significa el término de toda vida. Se le representa barbado, con piernas, cola, orejas y cuernos de macho cabrío, con frecuencia también absolutamente humano y sólo recognoscible por la expresión bestial de su rostro."

La mitología griega lo mismo que la romana, copia de aquélla, ofrece muchos aspectos bastante confusos, lo que, sin duda, obedece al hecho de que los dioses tenían varios nombres, según la localidad donde se les adorase, y, además, su poder abarcaba a varios aspectos.

Así tenemos, que mientras unos consideran al dios Pan como el espíritu de la tierra fecunda, otros no dudan en considerarle como una divinidad francamente erótica, ocurriendo lo mismo con los sátiros. Lo mismo sucede con Dyonisos, el Baco de los romanos, hijo de Júpiter y de Semele, el cual se considera como dios de las viñas y las vendimias. Pero como quiera que su culto se verificaba a base de beber vino incansablemente, lo que daba lugar a que los adoradores se engolfasen en aquellas orgías que fueron las *bacanales,* de ahí que pueda incluírsele entre las divinidades eróticas, especialmente en lo que se refiere a la mitología romana. Las *bacantes* no eran otra cosa que prostitutas, o, por mejor decir, mujeres extremadamente licenciosas, que no solicitaban retribución por sus servicios sexuales, los cuales prestaban de buen grado, en virtud de la exaltación de sus impulsos sexuales promovida por las abundantes libaciones hechas en honor del dios; fiestas que tenían lugar concediendo un papel muy importante al símbolo de la generación, íntimamente asociado a casi todos los ritos del paganismo, como veremos más adelante.

EL PAGANISMO DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS

Las primeras doctrinas griegas.—Las fiestas paganas.—Diferencias con el cristianismo.—Las ceremonias.—La erótica en los templos.—Perversión de las costumbres.—El culto de Dyonisos.—Los desenfrenos de las fiestas.—Las fiestas sexuales.—Mujeres solas.—Licencias de los esclavos.—Juno.—Los caldeos.—El erotismo de su religión.—Asiria.—«El precio del perro». Germanos y escandinavos.—Mitología lituana. El premio de los guerreros.

Conocidas las principales divinidades mitológicas que intervenían en mayor o menor importancia en la vida sexual de los antiguos griegos y romanos, y teniendo en cuenta que la religión se asentaba sobre bases puramente naturalistas, cabe presumir, aparte de lo que cuentan los más remotos historiadores, lo que sería el culto a aquellas deidades de las que las gentes esperaban todos los beneficios que pueden obtenerse en la vida y los que estaban reservados a los felices mortales que lograban escalar las gradas del Olimpo.

No obstante, en los principios de la adaptación de las doctrinas orientales, los ritos se realizaban dentro de la mayor pureza y la sexualidad no se consideraba como un epílogo necesario en las prácticas rituales a pesar de que todos los fieles asistían a las ceremonias completamente desnudos, en virtud de la teoría de que para ver mejor el alma era preciso que el cuerpo no fuera vestido.

Los principios del paganismo griego—en Roma las cosas sucedieron de distinta manera—, puede decirse que constituían una suma de decencia y de inocencia ; el pudor no era, como lo es hoy, por lo general, una falsa vergüenza, sino que más radicaba en las cuestiones del alma que en la exhibición pública de las formas del cuerpo. Los gimnasios ejercieron una influencia altamente moralizante sobre toda la vida de los griegos, y si se cree que esta promis-

cuidad daba lugar a escándalos y orgías sexuales, basta con leer las narraciones de los historiadores más célebres y hasta enemigos de estas demostraciones, los cuales sostienen que los griegos purificaban la vista y los demás sentidos, acostumbrándose no sólo a ver, sino también a respetar y adorar la belleza.

Es cierto que ningún pueblo, como el griego, llegó a comprender el arte de exponer castamente la desnudez del cuerpo humano, lo mismo de la mujer que del hombre, sin dejarse ganar jamás por las excitaciones que experimentarían las gentes civilizadas de los pueblos modernos. Destinado en sus principios a unir el cielo con la tierra y a permitir a los mortales la contemplación deseada e inocente de los seres inmortales, el arte griego fué, por consecuencia, puro, casto y divino. Lo mismo que los demonios impuros huían ante la presencia de los dioses, de igual manera los pensamientos impuros quedaban anulados ante la visión de las imágenes que los representaban. Las mismas representaciones que hacían los artistas de las divinidades paganas, no se ajustaban, a veces, al espíritu que se les atribuía. La misma Diana, tan casta y tan pura, era representada con algunas ropas, lo que se estimaba impropio, ya que el desnudo velado puede inspirar sentimientos bajos. En cambio, cuando se la reproducía completamente desnuda, es cuando mejor se comprendía su castidad y su pureza.

Por otra parte, lo mismo la religión que el arte en sus diversas manifestaciones—pintura, escultura, literatura, poesía, etc.—, contribuyeron a ennoblecer todas las expresiones de los sentidos por la poesía interior y la belleza de las formas exteriores. No obstante, el centro de gravedad del culto pagano era el placer, pero no el de los sentidos principalmente, sino el del espíritu, a cuyos deleites se entregaban los griegos con una devoción constante. Plutarco dice que el respeto de los dioses estaba mezclado de temor en muchos de los fieles, aunque la plenitud de la esperanza y del placer reducía esos temores.

En las fiestas paganas tenían lugar toda clase de actos en los que pudieran encontrarse placeres y alegrías, aunque, esto no obstante, se procuraba poner adecuado freno a todas las pasiones, ya que el principio de moderación fué admitido como la base fundamental de la moral griega. Todos los sentimientos expresados en el culto de los dioses eran elevados al nivel de la vida ordinaria, por lo que los griegos ajustaban su existencia a las normas más morales y fijas, ya que jamás hacían en privado aquello que no pudieran

practicar en público, a excepción de los actos que no pudieran considerarse como legítimamente estéticos. Luego, en otros períodos, al iniciarse la decadencia de las costumbres antiguas, los motivos naturales fueron reemplazados por los preceptos fríos, severos y dogmáticos que establecían un límite entre lo que debía considerarse normal y decente y lo que no podía conceptuarse así, moral impuesta por los hombres que hacían las leyes tendiendo a modificar las expresiones de la naturaleza.

Pero no todos los griegos aceptaron la ingerencia de las nuevas leyes en lo que tenía la enorme importancia de una religión, pues según ellos, los sentimientos y las pasiones que impiden el entretenimiento de la salud no debían regirse por los dogmas y las ordenanzas y sí por la fuerza de las Gracias y de las Musas, que tenían la misión nunca discutida de dar energías al corazón de los mortales. Este era el soplo de amor que debía hacer germinar y florecer las semillas guardadas en su seno.

«Para darse cuenta del contraste existente entre la antigua religión pagana y la religión cristiana, es necesario considerar que el cristianismo fué, desde su aparición, una *religión del espíritu* que se denominaba a sí misma como una revelación, mientras que el mundo grecorromano tenía una *religión natural* fundada en la tradición. Importa, además, recordar, que cuando el cristianismo entabla su lucha con el paganismo, éste se practica en las naciones degeneradas, a las cuales se ataca castigando a la vez que edificando. Así es cómo los propagandistas cristianos predican que la naturaleza está separada del espíritu por el pecado y que el hombre no puede, en virtud de su propia fuerza, elevarse hasta Dios, por lo que necesita de una ayuda, de un redentor, y este redentor es Cristo, el hijo de Dios. Y para llegar a ello es precsio, antes de todo, arrepentimiento, la penitencia y la renunciación a todo lo que es terrenal.» (Nystrom).

Los griegos no se explicaron nunca las diferencias establecidas por el cristianismo entre la naturaleza y el espíritu, ya que la religión naturalista tendía a divinizar la naturaleza, confiriendo a la sensualidad del hombre los derechos y la dignidad propias de las divinidades. Ellos atribuían a la Naturaleza todas las fuerzas espirituales y morales, y por esta razón no podían admitir la teoría de que la sensualidad fuese una derivación degenerada del espíritu, como pretendían los cristianos, sino que, por el contrario, consideraban que todas las expresiones sensuales no eran más que una ma-

nifestación legítima de las energías del espíritu. Por esta razón, los dioses del paganismo no eran puramente espirituales, ni su vida o sus hechos tenían este significado, sino que eran tan sensuales y corporales como el hombre, aunque naturalmente dotados de perfecciones y virtudes excepcionales que se trataba de imitar en demanda de la máxima superioridad netamente humana.

No tenían representaciones espirituales, sino que sus formas eran completamente humanas y a veces bestiales, pero siempre perfectamente definidas incluso en lo que afectaba al símbolo, es decir, a la espiritualidad. Ahora bien, los devotos del paganismo reconocían que las deidades olímpicas, a fuerza de ser humanas, tenían sus vicios al lado de sus virtudes, y jamás trataron de desvirtuar aquellos hechos que pudieran considerarse inmorales. Su virtuosidad podía radicar en un aspecto determinado de la vida, pero aparte de esa esfera, se le reconocían pasiones completamente humanas y vicios que los mismos humanos se guardarían mucho de practicar. Mas a pesar de esto, no desmerecían en la veneración que inspiraban a sus devotos, que separaban exactamente las virtudes que les eran propias de las expresiones ordinarias, que en nada afectaban a su representación divina.

Los dioses del paganismo no eran todopoderosos, omnipotentes, buenos, justos, etc. Eros no pudo nada contra la castidad de Diana y de Minerva, y eso que se trataba del dios del Amor. El dios del Fuego tampoco podía hacer nada fuera de su elemento, ni siquiera contra el pecador más descarado. Mercurio tenía su poder entre los mercaderes, y la diosa Fortuna tenía su jurisdicción en otra parte distinta. El hombre podía adquirir por sí mismo la sabiduría y la virtud sin necesidad de recurrir a las divinidades respectivas, ni tampoco tenía la obligación de creer en milagros ni en hechos fabulosos ; cada individuo estaba en su derecho de afirmar o negar, pero siempre de acuerdo con la voz de su propia conciencia y valiéndose de sus fuerzas espirituales.

La primitiva religión de los griegos era, a la vez, su moral. La introducción del paganismo oriental no fué más que una reforma de las antiguas creencias más humanizadas, más naturalistas. De aquí se infiere que el cristianismo no tuvo más que una importancia relativa en la obra de la reforma moral de la humanidad. El epicureísmo griego se fundaba en el afán de hacer el bien y de vivir en la máxima felicidad, practicándose entonces aquella máxima que Cristo dictó muchos años más tarde de «No quieras para nadie lo

que no quieras para ti». La doctrina de que el placer era la fuente de la felicidad sólo podía practicarse al lado del ejercicio de los deleites más intensos, fueran del alma o del cuerpo. Este era el eudemonismo, por el cual se contrarrestaban los dolores de la vida, ya que la mejor disposición del espíritu para practicar el bien tiene su base en la felicidad, y la felicidad, es indudable, nace casi siempre de los placeres.

No es justo criticar el paganismo haciendo hincapié en los espectáculos inmorales y antinaturales de la época de la decadencia, que fué mucho más corta que la del verdadero esplendor moral del pueblo griego. Si a eso vamos, los hombres de la Europa contemporánea no alcanzaron nunca la perfección moral de Grecia, y en cambio conocen y practican todos los vicios que con tan vigorosos caracteres se acusaron en el derrumbamiento del paganismo.

El primitivo rito de Afrodita entre los griegos, asumía los caracteres más bellos y puros, puesto que Venus era adorada sin sensualidad, sólo con el espíritu. En cambio, hoy, el rito venusino ha desaparecido, convirtiéndose en la triste y repugnante prostitución callejera, en la trata de blancas, en la chulería, en todo lo más innoble que puede hacer el hombre con la mujer, como es venderla para vivir.

Entre estos dos extremos tan antagónicos, la adoración y el desprecio, no cabe duda que existen términos medios. El paganismo griego, y más principalmente el romano, ambos en sus últimos tiempos, adolecieron de muchas de las virtudes esenciales que fueron la característica de la religión mitológica. Los primitivos mitos del amor dieron origen al desarrollo de otras creencias que, sin apartarse por completo de las inspiraciones morales, se convirtieron en prácticas licenciosas y antinaturales que tuvieron su reacción en el postrer esfuerzo de los estoicos, ya muy tarde, cuando el ascetismo cristiano había ganado el terreno de las conciencias y empezaba a derramar las semillas de la doctrina antagónica.

Veamos ahora, después de las consideraciones anteriores, en qué consistían las ceremonias que se inspiraban en los mitos del amor de la antigüedad, siguiendo el proceso de su degeneración hasta llegar al paganismo romano, que tuvo su expresión más inmoral en los últimos tiempos de la decadencia.

Los griegos copiaron el paganismo, según hemos dicho, de Babilonia y de Asiria. La Mylitta babilónica y asiria fué la inspiradora de Afrodita y Venus, tres denominaciones distintas para una

diosa única. En el siglo V, antes de Jesucristo, que es próximamente cuando se introdujo en Grecia el mito de Venus, la deidad tenía un soberbio templo situado en la fortaleza de Corinto servido por más de un millar de hieródulas.

Las fiestas principales consistían en cánticos y danzas de las sacerdotisas hieródulas, que también enseñaban a las vírgenes a dejar de serlo. Estas mujeres tenían la obligación de donar una moneda a la diosa, moneda que obtenían entregándose a las caricias del primer hombre que se la ofreciera. No se consideraba necesario que las jóvenes continuasen en el templo al servicio de la diosa y de sus adoradores, pues una vez que habían dejado de ser vírgenes podían retirarse a su casa viviendo castamente. Las que no lo hacían estaban en el deber de ingresar en el templo y contribuir con sus encantos al sostenimiento de los gastos del culto.

Los hombres buscaban el contacto con las hieródulas, no por motivos puramente eróticos, sino en la creencia de que los placeres obtenidos con las sacerdotisas de Afrodita se traducían al mismo tiempo en otros beneficios tanto morales como materiales. (Lámina III.)

Siendo Afrodita la diosa de la fecundidad, las mujeres jóvenes que se entregaban a los visitantes del templo, no perseguían, por lo común, otra finalidad que asegurarse la fecundidad para dar hijos a la patria, la aspiración más ferviente de las mujeres griegas. los actos de la iniciación pubertal de las jóvenes, según exigía el

Por otra parte, también tenían lugar en el templo de Afrodita los actos de la iniciación pubertal de las jóvenes, según exigía el rito de la diosa. El objeto principal de destruir la virginidad antes del matrimonio, estribaba en la creencia de que el marido estaba expuesto a numerosos peligros místicos derivados del acto de la desfloración.

No había, como en otras religiones, hombres determinados para llevar a cabo estos actos: la iniciación podía realizarla cualquiera siempre que entregase a la virgen una cantidad que ella debía ofrendar a la diosa.

Pero aparte de estas conveniencias matrimoniales, las ofrendas de la virginidad tenían otras finalidades que pudiéramos llamar sociales y económicas. El mito de Venus comprendía distintas modalidades que no tenían una relación directa con los hechos sexuales, aunque se refiriesen principalmente a la procreación, o, por mejor decir, a la fecundidad. Frazer, en una de sus interesantes obras

sobre las divinidades del paganismo, dice: «Podemos creer que una diosa madre, personificación de todas las energías reproductivas de la naturaleza, era adorada bajo distintos títulos, pero con bastante similaridad de mito y ritual, por muchos pueblos del Asia Occidental; que a ella estaba asociada un amante, o, mejor dicho, una serie de amantes divinos, pero mortales, con quienes se unía en turno uno y otro año, siendo considerado este su comercio carnal muy necesario para la propagación de los animales y las plantas, y siendo general la creencia de que la unión de la fábula de la divina pareja, simulada y multiplicada en la tierra por la unión real y temporal de los seres humanos dentro del santuario de la diosa, aseguraba la fertilidad del suelo y la procreación de hombres y animales.»

En el templo de Afrodita había, además, imágenes del dios Pan provistas de una imitación del miembro viril. Las mujeres simulaban un contacto sexual con la divinidad, con el fin de ser fértiles, lo que más tarde ocurrió en Roma con los sacrificios a Príapo.

Estas ceremonias iniciáticas del rito venusino eran solemnes y serias, y ninguna mujer se avergonzaba de hacer tales ofrendas a la diosa. Se creía que el hecho de no ejecutar estos actos de iniciación acarreaba a la mujer graves trastornos, siendo el principal el de la lujuria. Luego, si se sometían al imperio de Afrodita, no era con fines exclusivamente eróticos, sino todo lo contrario. la salvaguarda de la castidad sólo podía lograrse mediante estas ofrendas, y las mujeres que no lo hacían no gozaban nunca de buena reputación, como ocurría con las prostitutas que no ofrecían a Venus sus primeros encantos temerosas de perder la gracia que tanto atrae a los hombres licenciosos, y, sobre todo, de resultar fecundas, verdadero accidente contrario a las conveniencias de su profesión placentera. En cambio de todo esto, comoquiera que los hombres prefieren a las mujeres ardientes, el hecho de no practicar el rito les procuraba un estado casi constante de hiperestesia sexual muy necesario para agradar por entero a sus clientes.

Durante muchos años el pueblo griego vivió feliz con estas costumbres propias del epicureísmo. Afrodita seguía siendo venerada y sus gritos no repugnaban a la moral de la época, puesto que la finalidad de la adoración consistía en cumplir con la misión procreadora, tan llena de dolores, a cambio de los múltiples placeres del eudemonismo.

Muchas de las fiestas celebradas en honor de Venus tenían por

objeto repetir los hechos de la mística diosa, desde su nacimiento hasta su exaltación al Olimpo, pasando por su matrimonio con Vulcano y el adulterio con Marte. Esto servía de motivo para que a la vez se representase la vida de las Musas y de las Gracias en exhibiciones teatrales para las que los poetas componían bellas obras.

La fantasía de estos artistas influyó bastante en la transformación de los ritos primitivos, y así fué como se introdujo en la religión el elemento erótico, que más tarde degeneró en aquellas orgías que dieron lugar al desarrollo de las doctrinas estoicas. No obstante, todo se ejecutaba en honor de la diosa, y, por lo tanto, esos actos no podían ser considerados como inmorales, sino simplemente como ceremonias religiosas, que hacían más atrayente el culto de la divinidad.

En el siglo II las costumbres primitivas se derrumbaron en lo que afectaba a su pureza, y a la sombra del templo de Afrodita se había desarrollado una extensa prostitución secular y religiosa. Los moralistas más severos que conocían la reciente historia de la introducción del paganismo, protestaron contra la práctica de unos actos que esencialmente no podían considerarse lícitos. El santuario de la madre del amor perdió su carácter sagrado para convertirse en un burdel inmenso en el que se celebraban verdaderas orgías desenfrenadas. Se acentuaba el derrumbamiento de la moral griega iniciado un siglo antes, y ya no había medio de atajar el mal. La misma doctrina de Epicuro perdió su pureza, y el mito de Venus estaba tan deformado, que no había posibilidad de volver por los fueros del razonamiento. Las hieródulas no se diferenciaban en nada de las prostitutas, y las mujeres más respetables no tenían inconveniente en prostituirse en el templo por poco dinero. No puede decirse que les guiase un fin de lucro, ya que todo cuanto obtenían era entregado «religiosamente» en el altar de la diosa ; pero es lo cierto que se había desvirtuado la antigua tradición, ya que las mujeres que así se entregaban a los hombres ni se retiraban a vivir castamente a sus hogares ni se dedicaban, como las hieródulas de antes, al servicio solemne de la divinidad.

Todas las deidades sexuales tenían un lugar en el templo de Afrodita, incluso las más licenciosas. No obstante, Afrodita permanecía impasible.

Entonces adquirió su máximo apogeo el culto de Dyonisos, que se verificaba en medio de un verdadero fanatismo. Dyonisos es el Baco de los romanos, aunque en Tracia y Grecia también se le

llamó Baco o Jaco ; los frigios le adoraron bajo el nombre de Sabacios, y era hijo de la madre de todos los dioses.

El culto se practicó con arreglo al mito en el que tenían cabida toda clase de licencias. Durante la noche del solsticio invernal, las mujeres formaban círculos en su torno cantando y bailando desenfrenadamente, agitadas por las más ardientes excitaciones, mientras hacían tremolar las antorchas que llevaban en las manos. El cortejo del dios estaba formado por las Bacantes (alborozadas), las Ménades (violentas) y las Thiadas (impetuosas).

Estas mujeres, lo mismo en la práctica real que en las ceremonias del mito, daban muestra de una resistencia inaudita para el disfrute de los placeres. Sus danzas eran completamente salvajes, porque antes de empezar la fiesta, y a medida que ésta se iba desarrollando, bebían incesantemente los embriagadores vinos que a los griegos habían enseñado a elaborar los tracios. Al cabo de algún tiempo, las sacerdotisas caían en un estado de éxtasis que se traducía a continuación en un furor erótico desenfrenado que les impulsaba a entregarse al dios que presidía la fiesta o a los sátiros, que también formaban parte de su cortejo. Las almas de las mujeres abandonaban a sus cuerpos a fuerza de plegarias, y los cuerpos se convertían en inmensas fuentes de placeres sexuales, cuyos impulsos eran vigorosamente estimulados por las abundantes libaciones que hacían.

Las mujeres entregaban el alma a Dyonisos, pues era el dios de ellas, o a veces encarnaban en el cuerpo de un niño o de una serpiente. «Sus adoradores—dice Steuding—, para purificarse, destrozaban y devoraban culebras y también otros animales consagrados a él y considerados como albergue suyo, según las antiguas concepciones : por ejemplo, terneras y machos cabríos, y verosímilmente, en los tiempos más antiguos, también niños, bebiendo la sangre considerada como fuente de la vida y cubriéndose después con sus frescas pieles. Por esto invocaban con sonoros gritos al dios, representado en los solsticios invernales como un niño dormido durante la faena de la siembra, guardador del germen de la vida en el grano de las semillas, y encargado de distribuir el nuevo año comenzado fecundidad y vitalidad lozana.»

Dyonisos no representaba sólo la fecundidad, sino que su poder se extendía a todo cuanto significase vitalidad y frescura de una manera constante. Sus atributos esenciales son la hiedra y la vid. En Atenas se celebraban fiestas denominadas Oscoforias, o sea la

traída de las uvas, y las Leneas o fiestas de los lagares. En ambas festividades se bebía exageradamente, unas veces vino viejo y otras mosto recién extraído, o ambas cosas a la vez, lo que naturalmente producía en los devotos de Baco una gran excitación cuyos límites no tenían otra solución que la embriaguez y la orgía más exaltadas.

Los sátiros y las ninfas que formaban el cortejo de Dyonisos se entregaban a todo género de desmanes sexuales, imitando las escenas de que hablaba la religión primitiva.

Se iniciaban las fiestas con cánticos y toques de caramillo, sacrificándose varios corderos y cabritos en sustitución de los sacrificios de niños que se realizaron primitivamente y como recuerdo de la muerte de Dyonisos, al cual despedazaron los titanes que eran enemigos de los dioses. Después le fué devuelta la vida al dios, casándose con Ariadna, diosa cretense muy afín con Afrodita. De esta unión resultaron Oinopión (hijo del dios de los vinos rojos), Stafilos (racimo) y Euantes (la floreciente). También tuvo un hijo con Afrodita, que fué Príapo.

Todos estos hechos tenían su representación por los devotos de la deidad en orgías que duraban un mes por lo menos. La imagen de Dyonisos era representada por medio de un pilar o columna, tal vez imitación de un árbol sagrado, al que se daba la forma del dios con una careta que quería reproducir su rostro. Se creía que el dios vivió en dicho árbol, creyéndose que las más antiguas bebidas capaces de producir la embriaguez eran producidas por la savia fermentada de ciertos árboles.

El culto de Dyonisos, es decir, de Baco, tuvo entre los romanos un carácter mucho menos religioso que orgiástico. Aquellas célebres bacanales que se iniciaron en los templos invadieron las calles y llegaron hasta los suntuosos palacios de los más insignes magnates. Tales ceremonias tenían lugar en marzo, y siempre iban asociadas con el culto a Príapo, aunque también en octubre se verificaban festejos coincidiendo con la época de las vendimias, a las que concurrían los hombres y las mujeres jóvenes, especialmente las dedicadas al servicio de los templos de las divinidades.

El Baco de los romanos aparece siempre rodeado de las Bacantes y con la cabeza adornada de hojas y frutos de vid. Las Bacantes mantenían con el dios un comercio carnal constante, y en las fiestas celebradas en su honor, o sean las bacanales, los sacerdotes practicaban los actos propios de la divinidad. Algunas veces se rendía a Venus un culto mucho más entusiasta que al mismo Baco, si

bien se empezaba siempre por los sacrificios en honor del dios, en los que tomaban parte todos los hombres capaces de demostrar su virilidad y las sacerdotisas de los templos, a excepción de las encargadas del templo de Vesta, o sean las Vestales, las cuales debían conservarse vírgenes hasta los treinta años.

Vesta era la Hestia de los griegos, y tenía un templo en las inmediaciones del Foro Romano, que aún se conserva. Las Vestales se encargaban de mantener vivo el fuego sagrado y de alimentar las antorchas durante los festivales nocturnos, mientras que las demás jóvenes se entregaban a las ardientes caricias de los devotos de Baco y de los Faunos, o sean los sacerdotes de Fauno, que era el dios de las selvas.

Los acoplamientos de estas gentes ebrias y a veces como enloquecidas, tenían lugar en los claros de los bosques, siempre presididos por Baco, al que rodeaban sus más hermosas sacerdotisas. El joven dios—según los romanos—procuraba conservar la ecuanimidad hasta que las sacerdotisas y el vino le hacían «perder la línea», en cuyo caso se mezclaba con el resto de los asistentes a las ceremonias.

Los Silenos que acompañaban a Dyonisos en la mitología griega, tenían figura mitad de hombre y mitad de caballo, pero en Roma se les representaba como machos cabríos, y eran sacerdotes del culto de Fauno. Estos personajes tenían la virtud de hacer fecundas a las mujeres con quienes yacían, por lo cual eran muy solicitados por las recién casadas y por las que estaban prometidas en matrimonio y querían asegurarle descendencia a sus maridos, sin importarles demasiado su legitimidad.

Es decir, que con el culto al dios Baco estaban permitidas las máximas licencias, no sólo sexuales, sino eróticas, ya que el vino tenía entonces, y tiene ahora, el poder de transformar en absoluto la moral de los individuos que lo consumen sin prudencia. Y no eran los hombres los más exaltados en la práctica de los ritos, sino que las bacantes se llevaban la palma en cuanto a resistencia y desvergüenza. Lo mismo que en las fiestas de Príapo, las matronas más respetables, igual que las prostitutas de condición más ínfima de Suburra y las inmediaciones del Aventino, se conducían de la manera más desenfrenada que puede imaginarse, como si hubieran perdido por completo todo pudor.

Los grandes magnates se ayuntaban con las mujeres de más baja condición, y las damas más respetables se entregaban en bra-

zos de los esclavos, que durante las fiestas no se consideraban como seres socialmente inferiores. Todas las perversiones sexuales tenían su representación con el pretexto del mito báquico, y entonces nada sorprendía, puesto que todos hacían lo posible por superar a los más desenfrenados en originalidad.

Una copia casi exacta de estas orgías la refiere Skeat, según la observó entre los malayos, bastante modificada por las influencias de la civilización occidental. «En tiempos antiguos—dice—, en la época de la recolección, celebraban los *yakuns* una fiesta anual, en la que, reunida la colonia, se bebía el licor fermentado extraído de las plantas de la selva, y acompañados por los sones de su música ruda y salvaje, ambos sexos, coronados de fragantes hojas y flores, se ponían a cantar y a bailar, cada vez con mayor furia, durante la noche, terminando en una extraña orgía sexual.»

Mientras que los griegos practicaban estas orgías dyonisíacas, casi siempre con un motivo verdaderamente religioso, los romanos prescindían del espíritu del mito, y, por mejor decir, de toda espiritualidad, para rendir un culto exacerbado a la materia, a la sensualidad, al erotismo más ilimitado. Lo mismo que los salvajes a que hace referencia Skeat, lo que prueba una vez más que nada hay nuevo bajo el sol, los romanos devotos de Baco se adornaban la cabeza con hojas de vid y racimos de uvas, al mismo tiempo que bebiendo los caldos de otras cosechas, sentían renacer sus más violentos impulsos sexuales, a los que por encima de todo daban satisfacción.

Lo verdaderamente sarcástico era asociar el mito de Venus, en su expresión espiritual de la Afrodita griega, a estas fiestas que tampoco podían compararse con las del Dyonisos heleno, al menos en lo que afecta a su primitiva pureza, ya que el amor, el Eros alado, el Cupido de las flechas de oro, no tenía nada importante que hacer en tan escandalosas reuniones. No era, pues, el amor, sino la sensualidad más descarada, irreligiosa y grosera, el móvil de la entusiasta afición—no digamos devoción—que los romanos del Bajo Imperio demostraban hacia los dioses más licenciosos y placenteros que les fueron importados de Tracia y Grecia.

Las lupercales, bacanales, florales, saturnales, la brumalia y todas las festividades presididas por divinidades respetables que en Grecia merecieron una veneración más espiritual, no eran más que pretextos para que los hombres dieran rienda suelta a sus instintos. Cuando se habla de la periodicidad sexual, como ya hemos hecho, tomando como motivo la vida y las costumbres del paganismo

de Roma, no es posible establecer con certeza un ritmo ordenado, ya que, a poco que investiguemos en las manifestaciones sociales de aquel pueblo, nos encontramos con que esa periodicidad es mucho más frecuente que la de las mujeres, ateniéndonos a las expresiones de todos los festejos.

Los mitos griegos del amor no pasan en Roma de ser eso, *mitos*, concediendo a la palabra su más despreciativo significado. No puede decirse tampoco que en Grecia se tuviese del amor un concepto muy estrecho; pero de todas formas el camino del espíritu estaba mucho mejor definido entre los griegos que entre los romanos, corroídos por todos los vicios y las pasiones más brutales y antiestéticas. Esta es la gran diferencia que existe entre el paganismo de los dos pueblos en que se forjaron los principios de la cultura europea, aunque el desarrollo de la espiritualidad en el amor sea una aportación muy posterior a la época en que florecieron las dos civilizaciones fundamentales.

Las fiestas de la *Lupercalia,* que tenían por objeto invocar al dios Fauno para que protegiera a los ganados contra las incursiones de los lobos, estaban dirigidas por los *Luperci,* que eran los sacerdotes, se envolvían el cuerpo desnudo con una piel de macho cabrío, dando una vuelta al antiguo recinto de la ciudad, por cuyas inmediaciones no faltaban mujeres que llevaban cabras y ovejas. Los Luperci entonces se lanzaban sobre las hembras, fueran humanas o animales, poseyéndolas en los bordes de los caminos, con el fin de asegurarles la fecundidad, así como la de los campos. Por esto se representó a Fauno semidesnudo, envuelto en una piel, con corona y con el cuerno de la abundancia. Los Luperci habitaban en el santuario que habían fundado en una gruta del monte Palatino, donde diariamente acudían mujeres para ser fecundadas por los sacerdotes del dios.

Silvano tenía gran afinidad con Fauno, pero sólo se le consideró en principio como el dios de las selvas y los bosques. Asustaba a los viandantes y protegía las propiedades rústicas y sus contornos. Después, cuando se labraron los montes y las selvas fueron taladas en beneficio de la agricultura, la divinidad se convirtió en guardián de los jardines y huertos, en los que habitaba con sus sacerdotes, que también tenían la misión de proteger a las mujeres embarazadas, con las cuales cohabitaban en los primeros meses de su estado.

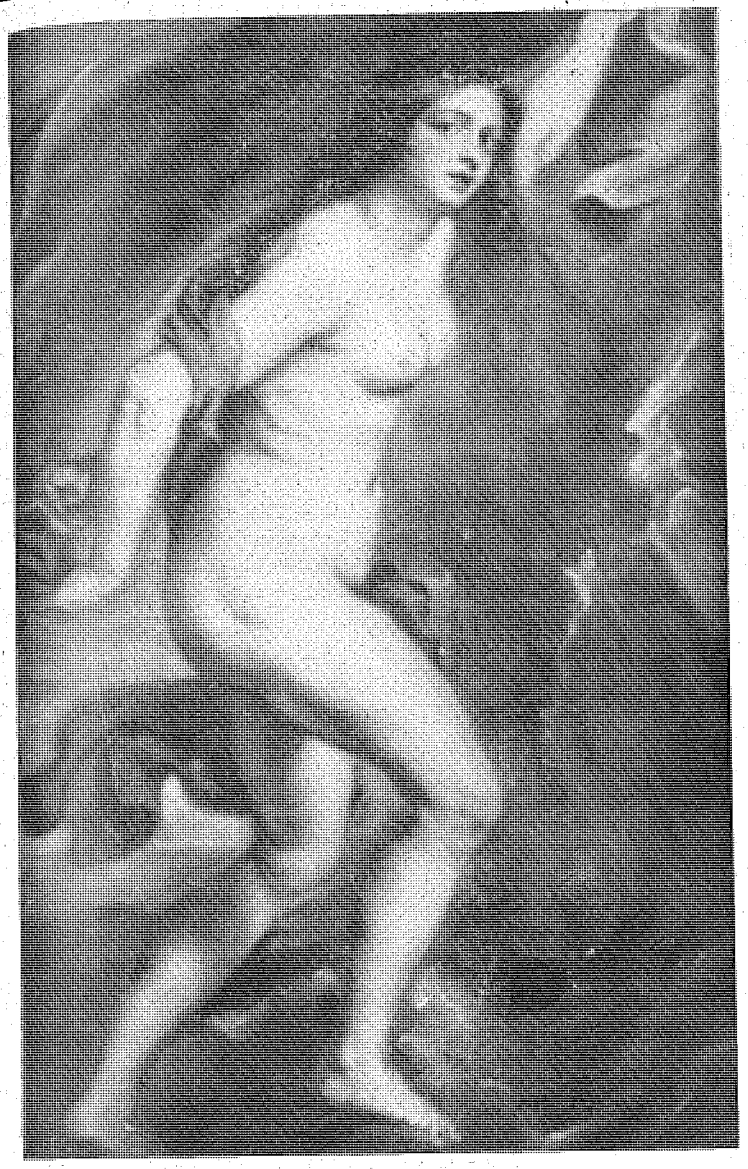
De esta forma aquel dios fué a engrosar el inmenso número de divinidades sexuales del paganismo romano. Del mismo modo, Li-

ber y Libera, dioses de la lujuriosa fecundidad de los campos en principio, pasaron al cortejo de Dyonisos después con todas sus consecuencias. Todas las divinidades que tenían a su cargo la fecundidad de los campos se atribuyeron también la de los hombres y los animales. Pomona, Fauna, Feronia, Flora, Pales y Diana y otras más debieron ver desde el Olimpo que su culto se transformaba con arreglo a la sagrada lubricidad de los romanos. (Lámina IV.)

«Junto a los viriles representantes de la fecundidad—dice Steuding—hay una serie de imágenes femeninas de cuya clemencia parece depender el crecimiento feliz de las plantas y la prosperidad de los sembrados. Se encuentra entre ellas, aunque luego su culto decaiga cada vez más, *Tellus* o *Terra Mater,* la diosa de los campos sembrados, que recibe en su seno las simientes y es causa de su crecimiento. Su fiesta principal se celebra el 15 de abril, hacia la terminación de las siembras. A causa del sacrificio de una vaca preñada, ofrecido en estas fiestas, se les llamaba *Fordicidia.* Cuatro días más tarde, el 19 de abril, se festejaba a la antigua diosa *Ceres,* considerada como protectora del crecimiento de los cereales. Para honrar a ambas diosas se hacían las fiestas de la siembra en enero, las *feriae sementivae,* en las cuales se sacrificaba una marrana preñada y se ofrendaba escanda, el trigo más antiguo de Italia. Los campesinos les sacrificaban también, antes de la siega, una cerda, la *porca praecidanea.* Posteriormente aparece en lugar de Tellus la diosa *Dea Dia,* que originariamente era un sobrenombre de Ceres.

Pero lo mismo durante los festejos celebrados en honor de las divinidades durante la siembre, que mientras tenían lugar los de la recolección de las cosechas, se asociaban los ritos de Venus y Príapo, así como el espíritu de todos los mitos eróticos en los cuales habían convertido los romanos los cultos heredados de Grecia.

La diosa *Fauna* era muy afín con Tellus, la cual se invocaba generalmente como Bona Dea. El santuario más importante que tuvo Roma se hallaba situado en las inmediaciones del monte Aventino, y las fiestas tenían lugar el día 1.º de mayo, a las que concurría gran número de personas de ambos sexos. No obstante la festividad principal estaba a cargo de las vestales y sacerdotisas de otros templos, que en unión de las más significadas damas romanas, se reunían en el palacio de algún pretor o cónsul, consistiendo la parte principal del acto religioso en un sacrificio doméstico.



LA FORTUNA (Rubens)
Esta diosa favorecía a las personas que verificaban contactos sexuales con las divinidades, protegiendo los buenos amores de los paganos

LAMINA III



CERES Y POMONA (Rubens)
Aunque eran las diosas de la tierra, de los frutos, de la naturaleza, etcétera, el culto que recibieron, principalmente en Roma, fué completamente erótico

LAMINA IV

A esta fiesta no debía asistir ningún hombre, por muy elevada que fuese su categoría social o religiosa. Desde las primeras horas del día 1.° de diciembre comenzaban a llegar al punto de reunión las damas, vestales y sacerdotisas, acompañadas de los criados y sacerdotes, que tenían la obligación de retirarse inmediatamente a gran distancia del palacio elegido para la celebración del rito.

Este mito procedía de Grecia, y la diosa Damia, la primitiva, era considerada como exclusiva deidad de las mujeres. Su apariencia no era muy casta, según los griegos, porque se la representaba completamente vestida. Era esposa de Fauno, y, como él, llevaba en la mano un cuerno de la abundancia.

En los comienzos de la aceptación del culto, estas mujeres se comportaban como convenía a las inspiraciones religiosas; mas, al cabo de poco tiempo, la adoración de Fauna se convirtió en algo parecido a la práctica de las inspiraciones de Safo, quedando reducido el culto a la reunión de un gran número de mujeres viciosas, que cometían toda clase de actos antinaturales, a semejanza de lo que ocurría en los clubs de Anandrinas, del siglo XVII, en Francia.

Las orgías comenzaban a mediodía y terminaban por la noche, a cuya hora las mujeres regresaban a sus hogares, muchas veces bajo los efectos de las abundantes libaciones hechas en honor del dios Baco. Seguramente, el culto de Fauna fué el principal origen del enorme desarrollo que adquirió la homosexualidad en las costumbres de las damas romanas, las cuales disfrazaron las influencias francamente eróticas de las doctrinas sáficas con el carácter religioso del mito de Fauna.

La diosa Flora tenía a su cargo el florecimiento de las plantas y la protección de la fecundidad. Era una divinidad romana que tuvo su origen en el centro de Italia. Su templo se levantaba sobre el Quirinal, y las fiestas en su honor daban comienzo el 28 de abril, bajo la denominación de *Floralias* o *Florales,* que consistían, en principio, en danzas y juegos. Posteriormente, se agregaron espectáculos teatrales y circenses, y como en todas las ceremonias semejantes, el final se convertía en la más desenfrenada orgía erótica, en la que tomaban parte, preferentemente, los campesinos y esclavos dedicados a las faenas de la agricultura.

Otra diosa a la que se invocaba para la buena distribución de los productos de la cosecha, era *Feronia,* que tenía el santuario principal de su culto en un bosque en las inmediaciones de la ciudad de Capena y otro de menor importancia cerca de las lagunas Pontinas en

Tarracina. El más importante templo de Feronia se hallaba en Roma, en el Campo de Marte, y las fiestas en su honor tenían lugar a mediados de septiembre, poco antes de los festejos báquicos que inmediatamente les sucedían.

Como en todas las fiestas instituídas para celebrar la recolección de las cosechas, los esclavos gozaban de la máxima libertad, hasta el punto de que incluso podían desobedecer las órdenes de sus amos, que, por otra parte, se abstenían de ordenarles durante aquellos días, por ser ello contrario al espíritu de los usos establecidos.

Estos esclavos, que durante todo el año trabajaron incesantemente de sol a sol en las faenas agrícolas, podían igualarse en derechos a los patricios; pero, bien entendido, sin que la en satisfacción de los mismos pudiese intervenir el menor gesto de violencia. Si un esclavo estaba enamorado de la hija o de la esposa de su amo, podía expresar su pasión sin más que guardar las formas debidas. Si la hija o la esposa del patrón accedían a las proposiciones del esclavo, el amo no tenía derecho a ofenderse, si no quería incurrir en el enojo de la divinidad festejada. Si algún esclavo lograba redimirse, lo que tenía lugar en el templo de la diosa mediante un acto sencillo, podía incluso casarse con la hija de su amo, en cuyo caso seguía trabajando en las propiedades de su suegro como un hijo más.

Las damas y las jóvenes de la nobleza que asistían a estos festivales, no tenían derecho a ofenderse si algún campesino o esclavo se tomaban con ellas determinadas libertades. El único remedio para no exponer su castidad consistía en recluirse en casa. Al principio de la práctica de este culto, las costumbres eran tan poco democráticas que apenas si podía verse en las inmediaciones del Campo de Marte a alguna vieja o viuda poco apta para los goces del amor; pero, a medida que las fiestas fueron haciéndose más atractivas, hubo muy pocas mujeres que mostrasen repugnancia a dejarse amar de los esclavos, y, finalmente, no quedó una sola que dejase pasar las fiestas sin hacer acto de presencia en los alrededores del templo de la diosa Feronia...

El culto de la diosa Pales, protectora de las praderas y los ganados, se verificaba en primavera por medio de los festejos denominados *Palilias*, en el templo que se le había erigido en el Palatino. Como siempre, huelga repetirlo, se bebía y se cantaban himnos a todos los dioses sexuales. Los pastores y sus ganados saltaban por encima de hogueras en las que ardía paja y heno, a semejanza de lo que se observa en las noches de Pascua y de San Juan en los pueblos cristianos.

Por último, el culto de Juno, que se practicaba en toda Italia, estuvo reservado principalmente a las mujeres, ya que la diosa era considerada como la encarnación de la fuerza femenina. Su templo se levantaba sobre la colina fortificada del Capitolio. Se la representa con un niño en los brazos y, a veces, armada con escudo y lanza, y con una piel de cabra que la cubre la cabeza, hombros y espalda. Fué considerada como diosa del matrimonio, por lo que recibía el nombre de *Pronuba*, y, por tanto, guiadora de las novias.

Ni por excepción siquiera, se encuentra en toda la mitología romana una deidad cuyo culto se concretase a las expresiones puras que tuviera en un principio, independientes en absoluto de la sexualidad. La asociación de Venus y de Príapo y la de Baco llegaron a constituir la esencia de las festividades, y, de haber desaparecido estas manifestaciones, como en una ocasión se intentó hacer por los reformadores, el culto a las divinidades económicas, por así decir, habría desaparecido también. El mismo culto de Dyonisos en Grecia degeneró bien pronto en las orgías dyonisíacas, por lo que el mito que posteriormente se exportó a Roma no tuvo nunca la primitiva pureza que en principio adoptó entre los griegos.

Cuando Roma aceptó el paganismo griego, éste ya estaba bastante degenerado. En sus comienzos no habría interesado a los romanos, gentes menos cultas y espirituales que sus vecinos. Fué necesario que la corrupción y el desenfreno de los atenienses adquiriera los caracteres impresionantes que tuvo durante el período de la decadencia, para que Roma, que a toda costa quería imitar la perfección griega, se entregase sin reflexión en los brazos de aquella mitología degenerada pródiga en placeres de todo género.

La mujer romana mostró, en principio, cierta repugnancia a salir de las costumbres relativamente honestas de su vida; pero en cuanto adquirió la convicción de que los hombres imitaban a los griegos, la feminidad adoptó francamente los usos exóticos, de la misma manera que las mujeres civilizadas tratan de copiar las modas que exporta París.

El culto de Venus era desconocido en Roma en sus épocas más remotas. Su primer templo fué erigido en el bosque de *Libitina*, la diosa de los sepulcros, seguramente, por haberse relacionado el nombre de esta deidad con *líbido*. Pero, a pesar de todo, el primitivo culto de la Afrodita griega no era completamente erótico, sino que

el erotismo estaba representado por Eros, hijo de Afrodita. Mas los romanos no repararon en estos detalles, y por eso copiaron el culto de Afrodita, representándolo en Venus, haciendo así una fusión del culto de Afrodita y el de su hijo.

Es decir, que lo que hicieron los romanos fué aceptar la religión que mejor armonizaba con su incultura, con su grosería y su temperamento. El epicureísmo romano fué de lo más burdo y materialista que se contenía en las costumbres griegas. El naturalismo de los romanos, si como tal ha de calificarse a las adaptaciones y transformaciones que hicieron de la primitiva religión, revelaba claramente las condiciones de su intelectualidad completamente nula. No debe suponerse que fuese la religión lo que transformó la moral del pueblo romano, sino todo lo contrario: la religión no fué más que una de las expresiones de la decadente moral romana, que tuvo su apogeo durante la época del Bajo Imperio.

Así es cómo las doctrinas estoicas consiguieron abrirse paso por entre las costumbres altamente depravadas de la época, hasta el extremo de abolirse el culto y los ceremoniales dedicados a Baco, lo que aconteció en el año 186 antes de Jesucristo.

Esta reacción tan violenta no tuvo su origen en la propia alma de los paganos, sino en la espiritualidad de los ateos, de los que no creían en ningún dios, que, naturalmente, pudiera alentar aquellos cultos tan contrarios al naturalismo y a la verdadera moral de las costumbres antiguas.

Por otra parte, los primeros propagandistas del Cristianismo lograron hacer sus mejores adeptos entre los humildes y en las clases más elevadas de la sociedad que habían desistido del culto pagano en virtud de las extrañas transformaciones que los reformadores habían introducido en aquella religión que daba cabida a todos los vicios y a las perversiones más antinaturales. Y poco a poco, la nueva doctrina, la que predicaba la humildad y la templanza, la castidad y la pureza y todo lo que era absolutamente opuesto al paganismo, inundó a Roma, lo mismo que a Grecia, con la luz de una nueva fe y con las prácticas de un culto que había logrado extraer el alma de los fangales en los que durante tanto tiempo se había podrido el cuerpo mortal de la humanidad.

Aparte de Grecia y Roma, en las religiones de casi todos los pueblos se observa la influencia que en otros tiempos tuvo el culto del amor. La Anaitis de los armenios, persas y escitas, más primitiva que la Afrodita griega, mereció en los tiempos más remotos una

adoración solemne y pura que nunca pudo ser imitada por los romanos y acaso tampoco por los mismos griegos. No obstante, esta deidad era adorada principalmente por las personas que hacían una profesión de la sexualidad; pero, posteriormente, la diosa Anaitis ocupó un lugar preferente en la religión que profesaban las mujeres honestas.

Los caldeos adoraban a Merodoch, divinidad semejante al Eros griego. El culto de este dios era normal, es decir, que podían practicarlo todas las clases sociales sin distinción de sexos. Cuando Nabucodonosor oraba ante la imagen de Merodoch, le pedía, entre otros dones, el siguiente: "Gran Señor sublime, otórgame una dilatada y floreciente fecundidad para que no perezca en la tierra la grandeza de nuestro pueblo".

Todas las plegarias del pueblo caldeo iban precedidas de la súplica de la fecundidad que era tanto como una alabanza al dios. En los asuntos sexuales era de ritual encomendarse a Merodoch, del que se rogaba que el coito fuera fecundo. Ninguna mujer podía negarse a un hombre, si era soltera, de complacer sus deseos sexuales, cuyo acto se ofrendaba siempre a la divinidad procreadora. No hubo dioses particularmente eróticos, como sucedía en Grecia y en Roma. Las iniciaciones de las doncellas y de los jóvenes púberes tenían lugar en los templos o en los terrenos sagrados inmediatos a los santuarios.

Según una inscripción hallada en un gineceo, los hombres tenían una frase que se consideraba dictada por el dios, y que se dirigía a la mujer: "Mujer, abre bien la entrada de tu vulva para que, al satisfacer en ella mis deseos, pueda verter en sus profundidades el líquido que encierra la semilla y la esencia de los hombres nuevos". La mujer venía obligada a someterse a los religiosos deseos del hombre, pudiendo negarse sólo cuando se hallara embarazada o lactando. No obstante, si los deseos del hombre eran muy ardientes, y no había otra mujer que pudiera satisfacerle, el enamorado pronunciaba unas frases de efectos mágicos para que la dificultad quedase allanada. Esta frase, que ha podido traducirse en diversas inscripciones lapidarias, es como sigue: "El Cielo ansía verter sobre la Tierra su lluvia fecundante, porque el Cielo y la Tierra son, después de Dios, las divinidades más poderosas". Esta prevención que reproducimos debía tenerse en cuenta por los hombres que deseasen a una mujer embarazada o lactante: "Cuando quieras gozar a una mujer que lleve un fruto en su vientre, cuyo útero sale al exterior,

se rompe, se altera al ser visible o se aprieta de tal forma que le es imposible realizar el coito; cuando quieras gozar a una lactante cuyos pechos llenos de leche sean necesarios para la manutención de un hijo suyo o de otra mujer, y no puedas experimentar con ella los placeres naturales, pronuncia con devoción el nombre místico de la tierra y del cielo, y desaparecerán las dificultades que se oponen a la satisfacción de vuestros naturales deseos. Si, a pesar de haber pronunciado repetidas veces las mágicas palabras, subsistiera la dificultad, es que al dios Merodoch no le complacen vuestras intenciones."

La Istar de los asirios, que también recibió los nombres de Astarté y Belith, representaba la voluptuosidad a la vez que el poder fecundante. Sus amores con el dios Tanmouz tuvieron el mismo desenlace que los de Afrodita con Adonis, por lo que probablemente el mito de estos últimos se funda en el suceso de la mitología asiria. El dios de la voluptuosidad era Baal Peor, semejante a Príapo, y tanto su culto como el de Istar o Astarté requería numerosos sacrificios humanos que se llevaban a efecto en grandes solemnidades de indudable carácter sádico.

Los sacerdotes, los profetas y los servidores del culto de ambas divinidades, eran del sexo masculino, aunque vestían lo mismo que las mujeres y observaban las mismas costumbres. Según Gratz, estos individuos eran casi todos jóvenes; se pintaban la cara y los ojos y llevaban los brazos desnudos y, a veces, un hombro. Dufour, en su "Historia de la prostitución", refiere que los sacerdotes de Baal eran jóvenes muy bellos, sanos e inteligentes, sin rastro de pelo en la cara, y que se depilaban cuidadosamente todo el cuerpo, se perfumaban con las esencias más costosas y se sometían a los caprichos sexuales de los fieles dentro del templo consagrado al dios. Ejercían su profesión con la mayor impudicia, imitando todos los gestos femeninos. "La Vulgata les denomina afeminados (*effeminati*), y en idioma hebreo recibían el nombre de *kedeschin*, es decir, santos o consagrados. Su misión habitual consistía en el ejercicio, más o menos activo, de sus misterios infames. Se vendían a los devotos de su dios y depositaban sobre el altar el salario de su prostitución. Mas no es esto todo. Poseían unos perros amaestrados para realizar idénticas ignominias y el impuro producto que sacaban de la venta o del alquiler de estos animales, "el precio del perro", le entregaban al santuario para aumentar sus ingresos. Por último, en determinadas ceremonias que se verificaban durante la noche en el fondo de los bosques sagrados, cuando las estrellas parecían esconderse horrorizadas, sacerdotes y consagrados se acometían cuchillo en mano, se cubrían de heridas y cortaduras poco profundas y luego, excitados por el acicate del vicio y por el influjo de sus instrumentos musicales, caían en revuelto montón sobre un lago de sangre". (Laurent y Nagour, *La magia y el amor.*)

El templo de Baal se elevaba en lo más alto del monte. Pero en una explanada, rodeada de espesos bosques, donde las jóvenes acudían a prostituírse con los mancebos; lo que prueba que estos sacerdotes no eran completamente homosexuales. Las muchachas que querían, quedaban al servicio de Astarté, en honor de la cual practicaban toda clase de actos sexuales, lo mismo con los hombres que con las mujeres.

Las escenas sádicas y masoquistas tenían lugar en los momentos de máxima exaltación, considerándose un honor inigualable el hecho de producirse heridas y algunas veces la muerte.

La fiesta que se celebraba en honor del dios Tanmouz era análoga a la de San Juan del mundo cristiano. Esta divinidad masculina tenía a su ciudado la fecundación de la primavera, y Astarté era considerada como la diosa agrícola de la fertilidad. Las ceremonias tenían lugar coincidiendo con la recolección de las cosechas de trigo y cebada, repitiéndose seis meses más tarde, a la entrada del invierno. A continuación de estos festivales, análogos a los de Dyonisos, las mujeres se reunían en el templo para llorar en invierno y cantar y reír en verano.

Por lo general, no se hacía gran consumo de bebidas alcohólicas, por lo que las uniones sexuales se celebraban con pleno conocimiento por parte de los oficiantes. La fiesta de Tanmouz podía interpretarse como una apelación que se hacía a las fuerzas de la Naturaleza, con el fin de que derramase sobre los devotos las energías necesarias a la procreación. De aquí la justificación del carácter, altamente erótico, de los festejos; lo que se evidencia, además, por el hecho de que la inmensa mayoría de las sacerdotisas eran mujeres jóvenes, dedicadas a la prostitución, lo mismo que los oficiantes masculinos.

Al mismo tiempo, hay que considerar que las fiestas eran exclusivamente eróticas, ateniéndonos al contenido de algunas leyendas babilónicas, en las que se afirma que los nacimientos tenían lugar, por lo general, a los nueve meses justos de celebrarse estos festejos semestrales, lo que, por otra parte, revela que este mito amoroso

equivalía también a un estado de periodicidad sexual análogo al que se observa en las costumbres religiosas y mitológicas de muchos pueblos salvajes contemporáneos.

Grimm, en su "Mitología Teutónica", dice que "el comienzo de noviembre era época de hogueras en los países celtas y teutónicos", donde se rendía culto a varias divinidades mitológicas. Entre los eslavos del Sur de Europa no han desaparecido por completo los ritos heredados de los antepasados más remotos. Los jóvenes celebran una fiesta, llamada *kholo,* que tiene lugar en el otoño. Las muchachas ejecutan unas danzas salvajes y se adornan con hojas y frutos de vid. Llevan las faldas recogidas, dejando al descubierto los órganos sexuales, y cuando se hallan bastante excitadas por la danza, se entregan a la cohabitación con los muchachos que antes han bebido vino en abundancia. Esto recuerda, de una manera indudable, los antiguos ritos en honor de Dyonisos.

Entre los primitivos germanos se adoró a una deidad mitológica, que recibía el nombre de Hertha y que era considerada como la diosa de la fecundidad. En estos festivales tomaban parte las mujeres jóvenes y los hombres de todas las edades. Se iniciaban los festivales por medio de cánticos, en los que se contenían plegarias dedicadas a la diosa. A continuación, los sacerdotes elegían a las vírgenes, a las que desfloraban en el altar de una manera natural o sirviéndose de imágenes fálicas, que se guardaban en los santuarios y que algunas veces eran sacadas en procesión para conjurar las tempestades o bien para hacer caer la lluvia, fecundadora de los campos secos.

Hertha era representada con los atributos de la fecundidad, consistentes en una corona de verdura con flores repletas de semillas. Aunque su representación pudiera tener un carácter puramente agrícola, en realidad se trataba de una divinidad erótica. Las sacerdotisas vestían lo mismo que la diosa y mostraban los mismos atributos vegetales.

La diosa Hertha era adorada en Suecia al mismo tiempo que Freja, a la cual se rendía culto en todos los países nórdicos. Según el mito, Freja era hija del dios Niord y de la hermosa Skade, mujer extraordinariamente sugestiva, sabia e inteligente, símbolo de la primavera y de las flores; fué considerada como la protectora de los enamorados y de los poetas que cantaban el amor. Dice la Mitología escandinava que la diosa realizaba frecuentes viajes por toda la tierra, donde era conocida con el sobrenombre de "la buena diosa". Tenía templos en todas las regiones nórdicas, siendo el más célebre el de Upsal, cuyas ruinas se conservan aún.

Su culto era muy parecido al de la Afrodita griega. Las jóvenes perdían la virginidad en los templos de Freja, bajo las caricias de los sacerdotes, cultivadores de la tierra y del vientre de las mujeres. Estas fiestas iban precedidas de cánticos y versos de alabanza en honor de la diosa, haciéndose gran consumo de cerveza o del jugo fermentado de algunas plantas.

La diosa estaba casada con el dios Odín, hombre sanguinario y terrible, y su hermano era Freyr, el Príapo escandinavo, tan ardiente que no titubeó en violar a su hermana repetidas veces. De estas uniones incestuosas nacieron varios hijos, que ocuparon distintos lugares en la Mitología nórdica.

En algunos puntos de Lituania aún se recuerdan los amores que tuvo Milda, la diosa del amor y de la belleza, con Kawas, temible dios de la guerra. De esta unión nació un hijo, que se llamaba Kaunis, al cual se atribuye la fundación de la ciudad de Kowno, situada en un valle de prodigiosa belleza, que se dedicó a la diosa y que equivalía a la Citerea griega.

La sacerdotisas de Milda eran las *Rhaganas,* que tenían el alma y la vida en los troncos de algunos árboles. Estas mujeres, todas ellas eran jóvenes, ardientes y de extraordinaria belleza; habitaban en los bosques más espesos y a veces se desarrollaban en el borde de los caminos, siempre temerosas del hacha de los leñadores o madereros, que pudiera segar su existencia. Cuando algún leñador se aventuraba en los bosques con el deseo de cortar algún árbol, estas hamadriadas salían a su encuentro, entreteniéndole con sus cánticos y músicas para que no realizase sus propósitos. Si el leñador se obstinaba, las sacerdotisas le prodigaban toda clase de caricias amorosas hasta dejarle extenuado y sin fuerzas para poder levantar el hacha del suelo.

Los lituanos, como los griegos y romanos, no tenían libros referentes a los mitos que celebraban, y su religión única era la del amor. Todos los actos de aquellas gentes, especialmente los de los hombres, se inspiraban en el culto de Milda, de cuya divinidad esperaban todos los placeres que pueden experimentarse en esta vida y en la otra. Los guerreros que morían por la patria lo hacían valerosamente, no habiendo nada capaz de contenerles en sus empresas. Ello se revela en la siguiente cita: "Bellas mujeres, graciosas, sensuales, engalanadas con flores, trajes magníficos y joyas refulgen-

tes; excelente manjares y voluptuosas bebidas; sueño apacible en lechos de plumas; salud constante; alegría eterna, risas, danzas, cánticos y juegos; estas son las recompensas que recibirán los bienaventurados después de su bajada a la tumba en el hermoso reino de la Muerte, donde sus facultades de vigor serán extraordinariamente multiplicadas para que los elegidos gocen eternamente de tan sublimes voluptuosidades."

Siendo un pueblo eminentemente guerrero, todos los hombres conocían el manejo de las armas. Las preferencias de las mujeres por los guerreros tenían por principal finalidad la de perpetuar una casta de luchadores, y cuando nacía algún niño contrahecho o cuando se desarrollaba bien, era entregado a Kawas, el cual le devoraba para que quedase destruída su semilla.

Otra veces se celebraban sacrificios humanos en honor de la diosa, especialmente cuando se iba a acometer alguna empresa guerrera. Los sacrificios, que iban precedidos de cánticos y danzas, terminaban en furiosas orgías sexuales, en las que tomaban parte todas las mujeres por espacio de siete días, con el fin de que quedasen embarazadas, conjurando así el posible peligro de la extinción de la raza por la muerte de los guerreros.

LEYENDAS MITOLOGICAS.-HELENA DE TROYA

La sexualidad de los dioses.—Las aventuras de Zeus.—Artemis y Acteón.—Las mujeres y los dioses.—El rapto de Europa.—Danae.—Io.—La venganza de Hera.—Las Danaides y sus esposos.—Calisto.—Andrómeda y Perseo.—Helena de Troya.—Cómo empezó la guerra.—La actitud de Menelao.—Siguen los adulterios.—Helena y Telémaco.—El temor de otra guerra. Las aventuras de Ulises.—Los pretendientes de Penélope.—Muerte de Ulises

El amor, o, por mejor decir, la cuestión sexual, se ha prestado en todo tiempo a servir de fuente de inspiración de las más sugestivas interpretaciones en todos los aspectos de las bellas artes.

Pero de todas esas variedades, la que más interés despertó siempre en la antigüedad, fué la que se relacionaba con la vida y los hechos de las divinidades de la Mitología. No obstante, fué preciso que transcurrieran muchos siglos para que los escritores clásicos se ocuparan de aquellas existencias para traerlas al terreno de la leyenda. Esa perspectiva estaba justificada por las grandes diferencias de la moral entre una y otra época, ya que durante el tiempo en que prevalecieron los cultos de los dioses paganos, no podían considerarse inmorales esos sucesos, con los que las gentes estaban completamente identificadas.

Las descripciones que se hacían en la época del paganismo no pasaban de ser más que crónicas de sucesos naturales y normales, perfectamente admisibles, que no podían prestarse a la crítica; los críticos nacieron bastantes años después, cuando el paganismo iniciaba su decadencia y sobre la espiritualidad de los pueblos germinaban las semillas de otras doctrinas menos naturalistas y más a tono con el ritmo ordenado de la existencia.

Originariamente faltan datos escritos acerca de las divinidades eróticas, porque los griegos no tenían una religión estrictamente

codificada ni disponían de libros sagrados en los que pudieran registrarse los sucesos primitivos. Por parte, no creían en divinidades todopoderosas, ya que sus dioses eran personas humanas con apariencia sobrehumana y tan llenas de defectos como el resto de los mortales. Las mismas polémicas que sostenían los dioses entre ellos, eran la prueba palpable de lo relativo de su poder divino. Era un verdadero confusionismo, que a veces desorientaba a los fieles, pues cuando realizaban un sacrificio en honor de un dios, el enemigo de éste se enojaba y los beneficios que recibían del homenajeado eran destruídos por los poderes de las divinidades celosas, por lo que no había otra solución que dedicarles atenciones constantes para que no pudiesen tener queja los múltiples personajes de aquel complicado retablo politeísta.

Zeus, que era el dios de los dioses, gozaba de un poder más nominal que efectivo. No siempre podía conservar su figura humana, con el fin de satisfacer sus constantes deseos sexuales. Después de su matrimonio con Hera, debió comprender que la monogamia era un verdadero suplicio para su ardiente temperamento, y, prescindiendo de las caricias de su divina esposa, se dispuso a gozar los encantos de las mujeres mortales, que no desmerecían en atractivos de las mujeres consagradas en el Olimpo. Así es cómo tuvo que transformarse en toro, en cisne y en lluvia para poder gozar del cuerpo de las mujeres que deseaba. Hera, que, naturalmente, tuvo noticias de las aventuras de su marido, no se resignó con su suerte, y, por eso, tomó el camino que mejor le convenía.

El dios de los dioses, hombre viejo y de apariencia terrible, se enamoró perdidamente de Leda, esposa de Tíndaro y madre de Cástor, Pólux, Helena de Troya y de Clitemnestra.

La esposa de Tíndaro, mujer relativamente casta, jamás hubiera aceptado el homenaje sexual de Zeus. Pero éste, que estaba resuelto a todo, acechó la ocasión en que Leda se estaba bañando completamente desnuda, para convertirse en un hermoso cisne, de cuya forma pudo acercarse a la bañista. Después, la célebre Leda se sintió atraída hacia aquel bello animal, y así es cómo se realizó esa cópula bestial, que dejó completamente satisfechos a los dos personajes.

La leyenda de Artemis se parece algo a la de Leda, aunque las cosas no pasaron de la misma manera; el parecido está en que también fué sorprendida varias veces en el baño por sus ardientes enamorados.

Artemis, como ya hemos dicho, y que también se llamó Diana, pidió a su padre, Zeus, que la permitiese permanecer constantemente casta y eternamente virgen, lo que el dios no tuvo inconveniente en concederla. Tan firme fué su propósito y tan arraigados parecían estar en su instinto los deseos de no someterse a las caricias de ningún hombre que, cuando algún hombre la importunaba con sus pretensiones, le azuzaba a los perros, que la acompañaban constantemente.

Un día que Artemis se estaba bañando en unión de sus ninfas, acertó a pasar por las inmediaciones el joven Acteón, hijo de Aristaio. El joven Acteón, que era muy aficionado a la caza, tuvo la desgracia de ver a Artemis completamente en cueros. Y decimos la desgracia, porque la diosa, muy ofendida, convirtió al mancebo en ciervo y a continuación excitó contra él a los perros, que le destrozaron sin piedad. Orión, el gigante cazador, halló la misma muerte, porque también tuvo la desgracia de ver desnuda a la diosa, y Orlus, otro personaje, acabó sus días de la misma manera.

Pero no siempre fué Artemis tan cruel con sus adoradores o espectadores simplemente, ni tampoco parece ser cierto que se conservase tan casta y tan virgen como había impetrado del poder de Zeus. Mientras unos dicen que Artemis, que también era la diosa de la noche, es decir, la Luna, se acercó al bello pastor y cazador Endimión, besándole castamente, la leyenda caria afirma que este pastor, que habitaba en una gruta de las montañas de Latmos, inspiró a Diana una pasión tan avasalladora que, en pocos días, la diosa dió a luz cincuenta hijas, cuyas criaturitas simbolizaban los cincuenta meses del ciclo de las fiestas olímpicas.

Este suceso no parece compatible con el voto de castidad y virginidad de la diosa y, además, contradice bastante los hechos que había cometido anteriormente, como, por ejemplo, el de haber servido en Efeso de nodriza de muchas divinidades, que se alimentaron del jugo lácteo de sus abundantes y antiestéticos pechos. Además, al ser diosa de la Luna, era considerada como la protectora de todos los amores furtivos, lo que pugna bastante con su intención tan casta de permanecer pura para siempre.

Las mujeres deseaban siempre las uniones con los dioses, ya que esto las producía múltiples beneficios. Por esta razón, lo mismo las diosas que las semidiosas y las mortales, tuvieron numerosas aventuras con todas las divinidades masculinas del Olimpo y con sus sacerdotes, amén de con las deidades extranjeras que fueron

importadas. Josefo refiere un caso acaecido en Roma el año 19 antes de Jesucristo, y que revela esta afición de las mujeres a dejarse poseer por los dioses.

Un joven romano se enamoró de una dama casada, la cual, castamente, se negó a satisfacer los deseos del amoroso pretendiente. Este no cejó en su empeño, y conquistando al sacerdote que servía en el templo de Isis, le encargó que hiciera saber a la dama que el dios Anubis le había expresado su divino deseo de unirse a ella.

El marido, naturalmente, no pudo negarse a la supuesta pretensión del dios egipcio, que era adorado por los romanos, y, al efecto, dejó que su esposa acudiera al templo al llegar la noche.

Una vez que la señora hubo entrado en el templo, se cerraron las puertas, y sin que ella pudiera sospechar la verdad, se entregó al joven Mundus, su pretendiente, que se había disfrazado con las vestiduras de Anubis, y pudo satisfacer en ella todos sus deseos.

Al día siguiente, la dama proclamó a los cuatro vientos el homenaje de que había sido objeto por parte de la divinidad egipcia; pero se conoce que el joven o el sacerdote revelaron la verdad de lo sucedido, por lo que se armó tal escándalo que el templo de Isis, Anubis, el sacerdote, y Mundus, ardieron al mismo tiempo, sin que hubiese posibilidad de salvación.

En la poesía heroica es donde se encuentran los pasajes más sugestivos de la vida amorosa de los personajes mitológicos. La existencia de estas gentes, como ya hemos dicho, no podía estimarse en nuestros tiempos como un modelo de virtuosidad y acaso no lo fueran tampoco en la misma época en que tuvieron lugar. El mal ejemplo de Zeus, dios de los dioses, no dejaba de ser imitado por todas las divinidades. El amoroso dios, que gozó los encantos de Leda convirtiéndose en cisne, se enamoró de Europa, bellísima joven, hija de Agenor, rey de Tiro.

Zeus, que en verdad debiera haber sido la personificación de lo que se le atribuyó a Príapo, se hizo el propósito firme de poseer a la joven Europa; pero como no le era posible aproximarse a ella con su figura humana, se transformó en toro, y en una ocasión en que la joven se bañaba en una playa de Tiro en unión de sus amigas, el dios la raptó y la condujo a Creta, al mismo tiempo que se desencadenaba una horrible tempestad, obra de Zeus, para impedir que le persiguieran los hermanos de la raptada.

Durante algún tiempo vivió la pareja en Creta, entregada a los placeres del extraño amor de una mujer y un toro, del que, no

obstante, nacieron dos hijos, que se llamaron Minos y Radamanto.

Como los cretenses vieran que la tempestad se calmó tan pronto como quiso el libertino toro, no dudaron en proclamarle dios de las tormentas, rodeando a la pareja de toda clase de atenciones.

También tuvo la ocurrencia de apasionarse por Danae, hija de Acrisio, el rey de Argós. Como el padre la encerrase en una torre, Zeus se convirtió en lluvia de oro para poder penetrar por las ventanas de la mansión, de cuya forma la hermosa Danae pasó los días de su cautiverio entregada a los placeres del amor, que hasta entonces le fueron desconocidos. De estos amores nació Perseo. (Lámina V.)

Las aventuras del lúbrico dios dieron tanto que hablar entonces, que, cuando alguna doncella dejaba de serlo, siempre quedaba la esperanza de que pudiera parir un ser semidivino. Su esposa, Hera, andaba siempre tras del poderoso Zeus, el cual no parecía preocuparse demasiado de lo que su mujer pudiera pensar de aquella cadena ininterrumpida de adulterios.

Un día que Zeus fué a visitar a Inaco, divinidad que presidía las almas de los ríos, se quedó prendado de la belleza de Io, hija del dios, muchacha bastante alegre, que constantemente andaba en unión de las ninfas; pero que aún no había tenido nada que ver con ningún sátiro, ya que el padre no la perdía de vista.

Impresionada por el poder de Zeus, Io, como le sucede a todas las jovencitas con los viejos verdes, no puso mala cara ante las atenciones que la prodigaba el amo del cotarro olímpico, y entre el viejo y la niña nació un amor, al parecer, tierno y sentimental. Pero es verdad que nunca hay dicha completa en este mundo, ni en el mitológico tampoco, por cuanto que Hera, la legítima y cansada esposa de Zeus, al tener noticia de la trastada que de nuevo la estaba jugando su marido, y seguramente rabiosa de celos, convirtió a Io en vaca, animal sagrado de Hera, dejándola en las cercanías de Micenas, en cuyos prados pacía bajo la vigilancia de Argós, un señor que tenía numerosos ojos en todo el cuerpo.

Zeus, a pesar de su poder, se vió imposibilitado de unirse a la vaca, y eso que él en otra ocasión se había convertido en toro. Entonces se puso de acuerdo con Hermes, un fino cuatrero de la época. Tan fino, que, al día siguiente de su nacimiento, se marchó a la pradera del Olimpo, y viendo a las cincuenta vacas de los dioses, animales hermosísimos, blancas y de cuernos dorados, se apoderó de todas ellas y las ocultó en una cueva.

Además, el ladrón era un asesino. Zeus le encargó que matase a Argós y que le robase una vaca que guardaba, y Hermes cumplió ambos cometidos al pie de la letra.

A pesar de todas estas dificultades, el dios de los dioses no dejaba de amar a la desdichada Io, a la que no podía devolver su figura humana, ya que se le había anticipado el poder de Hera. Durante algún tiempo vivió con la vaca, no sabemos si cometiendo con ella actos de bestialismo, lo que puede considerarse muy probable, en tanto que Hera, resuelta a todo, seguía obstinada en apartar a la vaca de su marido.

Tras de mucho pensarlo, discurrió un procedimiento bastante gracioso para separar a los amantes, cosa que sólo puede ocurrírsele a una mujer despechada y sedienta de venganza: envió a Io un tábano para que la picase por debajo del nacimiento de la cola. El insecto lo hizo tan bien, que la infeliz vaca, aguijoneada por el bicho, empezó a correr, atravesando tierras y mares a una velocidad que Zeus no podía resistir. Al cabo de mucho tiempo de esta loca carrera, motivada por el agudo picor que sentía en sus partes más íntimas, paró no se sabe si en Eubea o en Egipto, donde Zeus pudo devolverla su personalidad humana.

Los dos amantes vivieron felices durante unos meses, y de esta unión nació Epafos, que fué el padre de Dánao y de Egipto.

Dánao era el jefe de los Dánaos, habitantes de la Argólida en tiempos del poeta Homero. Siendo rey de Argós, emigró a Grecia en unión de sus cincuenta hijas, las Danaides, de las cuales estaban enamorados los cincuenta hijos de Egipto. Los galanes siguieron tras de las doncellas, dispuestos a no dejárselas arrebatar, y tras de muchas vicisitudes se arreglaron las cincuenta bodas, que tuvieron lugar en el mismo día.

Llegada la noche, los cincuenta matrimonios se retiraron a sus correspondientes cámaras nupciales, con el fin, naturalmente, de dedicarse a las labores propias de su sexo. Pero todas las Danaides estaban bien aleccionadas por su padre, y en la misma noche mataron a sus maridos, a excepción de Linceo, casado con Hipermnestra, la cual desoyó la orden paterna, porque estaba enamorada, y salvó a su esposo.

Zeus, el abuelo de estas bravas mujeres, las condenó a que durante toda su existencia ultraterrena habitasen en el monte Tártaro, con la misión de llenar de agua un tonel que no tenía fondo. Las cuarenta y nueve viudas no tuvieron más remedio que acatar



DANAE (Tiziano)
Zeus, que fué un verdadero Don Juan del Olimpo, recurría a toda clase de procedimientos con tal de lograr los favores de las mujeres que le agradaban. Aquí se convierte en lluvia de oro para aproximarse a Dánae

LAMINA V



DIANA Y CALISTO (Rubens)
Con motivo de otra aventura erótica del fabricante de dioses del Olimpo, Calisto fué convertida en osa por la esposa de Zeus, el cual la colocó en el firmamento, de donde se derivó la Osa Mayor

LAMINA VI

la orden del dios, y es posible que a estas horas continúen entregadas a su interminable tarea.

Este Don Juan del Olimpo tuvo aventuras con todas las diosas y con las que no lo eran. La hermosa Calisto, hija de Licaón, rey de Arcadia, fué seducida por Zeus y también la hizo un hijo. Hera, que no perdía ni uno de los malos pasos que daba su alegre esposo, la convirtió en osa. Después Diana la dió muerte en una cacería, recobrando entonces su figura de mujer; pero Zeus la colocó en el cielo, donde formó la constelación de la Osa Mayor. (Lámina VI.)

La leyenda de Andrómeda y Perseo es una de las más populares de la Mitología. Andrómeda era una hermosa joven, hija de Cefeo, rey de Etiopía, y de Casiopea. Esta, como ocurre con casi todas las madres, se mostró muy orgullosa de haber dado al mundo una criatura tan bella como Andrómeda, lo que enojó a Neptuno, dios de los mares.

Para castigar a la orgullosa madre, envió a Etiopía un monstruo marino, con la misión de destruir el país, a no ser que la joven, que no tenía culpa de nada, se entregase al monstruo. Entonces Cefeo hizo que la joven fuese atada a una roca al borde del mar, con el fin de aplacar las iras de Neptuno y las del monstruo marino, que seguramente no desdeñaría la posesión de aquella encantadora presa.

Noticioso del caso el valeroso Perseo, hijo de Zeus y Dánao, se apoderó del escudo de Minerva, el casco de Plutón y las sandalias de Mercurio, y provisto de las armas necesarias se encaminó hacia Etiopía, buscando el lugar donde estaba atada Andrómeda. Esperó el joven la aparición del dragón, y cuando lo tuvo a tiro se empeñó con él una furiosa lucha, en la que el monstruo perdió la vida, libertando seguidamente a la asustada Andrómeda, que allí mismo le ofreció el tesoro de su virginidad, que no llegó a tocar el enviado de Neptuno. Después de la descomunal hazaña se retiró con su esposa a Tirinto, donde gobernó con Andrómeda, viviendo muy felices durante muchos años y sin tener que temer a las iras de los dioses. (Lámina VII.)

Un hecho que aún no está bien precisado si debe pertenecer a la Mitología o a la Historia es el más saliente de las obras homéricas; el que se refiere a la guerra de Troya y a la vida de la célebre Helena, una hermosa mujer que, con su belleza, promovió una verdadera catástrofe bélica que duró diez años, en cuyo tiempo murieron miles de tirios y troyanos.

Helena de Troya, aunque sea un ser mitológico—quizá no tanto como creen algunos—, fué también una cortesana; una cortesana bella, liberal y amante de lo hermoso, de lo trágico, de lo extraordinario.

La Mitología refiere así los orígenes de la guerra de Troya, según se contiene en la *Cipriada*.

"Para librar a la tierra del exceso de los habitantes que ya tenía, Zeus—¡siempre este Don Juan olímpico!—tuvo con Némesis, diosa de la venganza, a Helena, que fué amamantada por Leda. Creció Helena como la mujer más hermosa, y escogió como esposo a Menelao, rey de Esparta. Mientras tanto, se celebraba la boda del justo señor de la Pitia y de Tesalia con la diosa del mar Thetis. En el banquete de boda, que tenía lugar en las montañas del Pelión, participaban las diosas Hera, Atenea y Afrodita. Eris, diosa de la discordia, ofreció un premio a la más bella, cuya decisión entregó Zeus al hombre más bello, a Paris, hijo del rey de Troya. En las montañas del Ida, donde él vivía desconocido como pastor, se le presentan las tres diosas, y seducido por las promesas de Afrodita, de entregarle la más bella mujer, se determina a ofrecerle una manzana, como premio de la belleza. (Lámina VIII.)

"Inducido por la diosa, marcha con Eneas hacia Grecia, donde es recibido cordialmente por Menelao como huésped. Su esposa Helena es la mujer más bella. Durante la ausencia de su marido, obligado a partir hacia Creta, se deja raptar por Paris y conducir por él, seducida también por su belleza, a Troya.

"Menelao y su hermano, Agamenón, rey de Micenas, inducen a los príncipes griegos a dirigir una expedición vengadora contra la ciudad de Priamo, el cual ha prestado protección a su hijo. Ulises trata de evitar su participación en la empresa guerrera, fingiendo una locura, pero es descubierto su engaño por Palamedes, el sabio, natural de Nauplia, en la Argólida, y debe partir con todos. Después, los enviados de Menelao solicitan la ayuda de Aquiles. Es hijo del rey Peleo de Pitia, en la Tesalia, y de la diosa del mar Thetis, la cual lo ha hecho invulnerable, sumergiéndolo en un baño de fuego. Sólo el talón, por el cual no había sido sostenido, podía ser herido. Creció en las montañas del Pelión, donde su padre, Peleo, conoció a su madre, bajo la dirección del prudente centauro Quirón, como un osado cazador. Después de una dolorosa despedida de su madre, que preveía su cercana muerte, se unió, al

frente de sus bravos mirmidones, al ejército griego, reunido en la beocia Aulida, en Euripus.

"Primeramente, llega todo el ejército unido de los griegos a Teutrania, en la Misia, y destruye esta ciudad, tomándola por Troya. El rey del país, Telefos, ofrece resistencia y hiere a Patroclo, amigo de Aquiles; pero en seguida es herido y vencido por la lanza de éste. Continuando la marcha, la flota de los griegos es dispersada por una tempestad y obligada a volver a la patria. Aquiles se detiene por esta causa en la isla de Sciro, y se casa con Deidameia, la hija del rey, de la cual tiene un hijo, llamado Neoptolemo. La flota se reúne por segunda vez en Aulida. A este lugar viene Telfos, cuya herida no puede curarse si no es con el orín de la lanza que se la ha producido. Aquiles consiente en ello, y Telfos promete a los griegos que los conducirá a Troya. Este viaje es también desbaratado por las tormentas que desencadena Artemis, pues ésta odiaba al jefe supremo de los ejércitos, Agamenón, por haberle matado éste uno de sus ciervos sagrados. Después del sacrificio de Ifigenia puede continuar el viaje. En el camino dejan los griegos en la isla de Lemnos al arquero Filoctetes, pues había sido mordido en un pie por una serpiente venenosa. En el desembarco en Troya fué muerto Protesilao, amigo de Aquiles, por Héctor. Aquiles saltó entonces de la embarcación y contra él se arrojó Cicno, hijo de Poseidón, que era invulnerable. Aquiles lo venció y lo ahogó, pero se convirtió en cisne. Menelao solicitó entonces de Priamo la entrega de Helena. Como el rey no accediera, comenzó el sitio de Troya."

Esta es la narración sucinta de los acontecimientos que dieron lugar a la guerra de Troya, que tuvo su origen, principalmente, en el célebre Juicio de Paris.

Durante todo el tiempo que los partidarios de Paris y Menelao estuvieron en lucha, huelga decir que la joven pareja se amó ardientemente. El infeliz Menelao se parecía en aquella ocasión a Tántalo sufriendo el suplicio de saber que su enemigo estaba cómodamente instalado en su palacio en la agradable compañía de Helena, mientras él moría de desesperación y de celos en las puertas de Troya la inaccesible.

Este hombre, que era un infeliz, sufrió menos mientras Helena permaneció en los brazos de Paris y de su hermano Deifobo, con el que se casó después de la muerte de Paris, que cuando reanudó su vida con ella después de sometida Troya.

La amaba tanto, que, según las narraciones más famosas, la perdonó todo el mal que le había hecho. John Erskine, escribe acerca de la vida de Helena, lo siguiente:

"Cuando terminó la guerra de Troya, con la caída de la ciudad, Menelao fué a buscar a Helena con una espada en la mano. Estaba indeciso si hundírsela en el pecho o cortar su cuello de cisne. El no la había visto hace algún tiempo. Ella estaba esperándole como si se hubieran citado a una hora fija. Con un gesto sencillo, le presentó ella su corazón para que se vengara, y le miró. El también le miró a ella y la espada le estorbó.

"—Helena—dijo—, ya es tiempo de irnos a casa.

"También se cuenta la historia de otro modo. Menelao no estaba solo, se dice, cuando fué a encontrarse con Helena en aquella habitación interior. Agamenón y otros estaban allí para ver por primera y última vez a la belleza por la cual habían luchado. Cuando Menelao vió a Helena en pie ante él, tuvo conciencia de su escolta. Su cólera y su fuerza se desvanecieron; pero aquellos amigos estaban a su lado para ver cómo un marido cumplía con su deber. Levantó la espada despacio, muy despacio. Entonces oyó la voz de Agamenón:

"—Tu ira puede terminar aquí, Menelao. Has recuperado a tu mujer; ¿para qué matarla? La ciudad de Priamo ha sido tomada. Paris está muerto, tu venganza está cumplida. Matar a Helena puede equivocar a aquellos que preguntan qué ha causado la guerra. Esparta no ha tenido parte en la culpa. Fué sólo Paris. El se presentó como un huésped y violó tu hospitalidad...

"Menelao comprendió entonces por qué su hermano era llamado el rey de los hombres. Pero luego, en la misma tarde, se le oyó decir que él habría matado a Helena si Agamenón no hubiera intervenido. Tuvo que llevarla a pasar la noche en sus barcos con los otros prisioneros y no pudo resolver en qué orden debían colocarse. Lado a lado, naturalmene, no. Tal vez él delante. Esta idea la abandonó antes de salir a la calle. Todo énfasis en la procesión le pareció fuera de lugar. La mandó a ella por delante para que recibiera, sin protección ninguna, cuantos insultos quisiera dirigirla la curiosa soldadesca. Pero los hombres la contemplaron en silencio o poco menos. De él nadie tomó nota. El oyó decir a uno que ella se parecía a Afrodita, cogida desnuda en los brazos de Arés, cuando Hifaistos, su ridículo marido, tiró una red sobre los amantes y llamó a los demás dioses a ver su vergüenza. Otro hombre dijo que se sentía como los demás dioses en aquella ocasión, quienes expresaron su deseo de cambiar de sitio con Arés, con red y todo."

El regreso de Helena no fué bien acogido por los espartanos, más amantes de la moral y de las viejas tradiciones de la patria; pero es lo cierto que la mayoría de las gentes se alegraron de volver a ver a la hermosa reina, cuya ligereza de cascos tantas víctimas había costado. Helena, que no había dejado de advertir la adoración de que era objeto por parte de sus compatriotas, se olvidó bien pronto de sus amores con Paris y del perdón que la otorgó su marido, hasta el punto de que, en cuanto tenía ocasión, no se paraba en consideraciones con tal de satisfacer sus caprichos de hembra placentera. Uno de sus últimos amores terrenos, ya que divinos tuvo bastantes, fué el que la inspiró Telémaco, otro joven no menos hermoso que Paris, y que también fué huésped del rey de Esparta. Cuando Telémaco llegó al palacio, los cortesanos pensaron en la posibilidad de que se repitiera una nueva guerra con el país del joven extranjero, pues aunque Helena ya tenía bastantes años de edad, no había duda que aún era lo suficientemente hermosa para inspirar parecidas locuras a las que Paris cometió por ella y con ella.

Telémaco había llegado a Esparta en busca de su padre, Ulises, el cual había partido para la guerra de Troya, sin que volvieran a tenerse noticias de su paradero durante veinte años. Con este fin, Telémaco emprendió un viaje a Pilos y Laconia. Menelao, además de la hospitalidad y de la mujer, dió al joven muy valiosos detalles acerca del posible paradero de Ulises, el cual se había quedado en la isla de la ninfa Calipso cuando todos regresaban de la guerra de Troya.

Ulises era el señor de una pequeña isla llamada Itaca, inmediata al Peloponeso. Cuando regresaba de Troya, un violento temporal hizo zozobrar la embarcación de los guerreros, pereciendo todos ellos. Ulises pudo arribar a la isla de Ogigia, cuya ninfa Calipso se enamoró perdidamente de él, reteniéndolo a su lado durante siete años, mientras que Ulises se consumía de amor a su patria.

En Itaca aguardaba paciente y castamente al héroe su esposa Penélope, a la cual pretendían varios nobles, que aspiraban a unirse a ella en matrimonio, con el fin de apoderarse de la inmensa fortuna del señor de Itaca. Ella, para entretener a sus adoradores, segura de que Ulises regresaría algún día, discurrió varios proce-

dimientos ingeniosos, entre ellos el de prometer a los galanteadores que elegiría marido entre ellos tan pronto como hubiera terminado de tejer un gran tapiz, en cuya labor invertía el día entero. Pero tan pronto como llegaba la noche deshacía la tela que tejió durante el día, de cuya forma no la acabaría nunca.

Cuando pudo librarse de Calipso, gracias a las órdenes que en tal sentido dió Zeus a la ninfa, Neptuno hizo que zozobrase su embarcación cerca de la costa; pero Ulises, protegido por una diosa, logró salvarse, siendo ayudado por Nausicaa, hija del rey Alcinoo, la cual le proporcionó vestidos, conduciéndole al palacio de su padre. Entonces Alcinoo, conmovido por las narraciones que de sus penalidades le hiciera Ulises, le envió a Itaca en un barco seguro y veloz.

Nadie reconoció en Itaca al héroe, porque Atenea, su protectora, le dió el aspecto de un viejo mendigo. Así buscó a su antiguo criado Eumeo, el cual le notificó las aspiraciones de los pretendientes de su mujer y los procedimientos de que ella se había valido para rechazarles.

Telémaco, que hacía pocos días había regresado de buscarle, desesperado por no tener noticias de su padre, preparaba un nuevo viaje, cuando Ulises se dió a conocer. Su perro y su ama Euriclea reconocieron fácilmente al héroe, a pesar de su disfraz, cuando se presentó en la puerta de su palacio solicitando una limosna.

Los pretendientes de Penélope no dejaban de asediarla, y aquel día era la fecha señalada para someterles a una prueba, cuyo vencedor recibiría el premio de su mano.

La prueba consistía en lanzar una flecha con un antiguo arco de Ulises, de forma que el proyectil pasase por los orificios de doce hachas, colocadas en hilera. Todos los pretendientes habían fracasado en la prueba, cuando se presentó un mendigo diciendo que él se consideraba capaz de hacer lo que aquellos hombres no habían podido realizar. Los fracasados se burlaron de aquel viejo mendigo, pero Penélope afirmó que permanecería fiel a su palabra, y, por lo tanto, consideraba a aquel menesteroso tan digno de su mano como los demás, siempre que fuese capaz de vencer en la prueba.

Ulises, que era el supuesto mendigo, tomó en sus manos el arco, y con la mayor destreza consiguió hacer que la flecha pasase por los ojos de las doce hachas.

Entonces los pretedientes reconocieron que aquella hazaña sólo podía ser ejecutada por Ulises, y que nadie más que él podía ser

quien la había realizado. Entoces el señor de Itaca se dió a conocer, y ayudado por su hijo Telémaco y por sus fieles servidores Eumeo y Feleitio, luchó contra aquellos falsos amigos, dándoles muerte, para caer después en los brazos de su fiel y amada esposa, que estuvo esperándole durante veinte años, sin que ni el más leve deseo de traición pudiera entibiar el ardiente cariño que profesaba a su esposo.

Después de haber dado muerte a los pretendientes de su mujer, quiso expiar esta culpa, por lo que resolvió marchar a la tierra de los Thesprotas, donde fué muy amado de la reina Calidice.

Estas relaciones duraron algunos años, pareciendo haberse olvidado de la enamorada Penélope, que tan fiel le había sido, en los brazos de Calidice. Al morir ésta, regresó a Itaca, donde se encontró con Telégono, hijo suyo y de la maga Circe, que había salido de su país con el fin de buscar a Ulises.

El padre, creyéndolo enemigo, le quiso expulsar de la isla. Telógono entonces, no conociéndolo tampoco, lo mató con un aguijón envenenado, que usaba como punta de la lanza. Penélope y Telémaco marcharon en unión de Telégono a la isla de Eea, donde fueron inmortalizados por Circe.

Lo mismo la guerra de Troya que los diversos sucesos que de este acontecimiento se derivaron, fueron pródigos en sucesos amorosos de toda naturaleza. Los guerreros estaban sometidos a los poderes de las múltiples divinidades, a las que rendían culto por medio de sus sacerdotisas e incluso directamente y sin intermediarios. Todas las diosas tomaron parte en la contienda, dividiéndose también en dos bandos lo mismo que los que peleaban, de donde resulta que muchos de los hechos acaecidos podían ser interpretados como una consecuencia de las enemistades de los dioses.

Las leyendas de la Mitología romana carecen de originalidad, puesto que casi todas son copia de los hechos de los griegos, lo mismo que la adoración de las divinidades. Los dioses *indigetes*, es decir, indígenas o establecidos en el culto del país desde los más remotos tiempos, eran casi todos afines a los espíritus actuantes y, por lo general, no se las representaba plásticamente. Tales eran las divinidades de las fuentes que son esencias femeninas, y las más adoradas primitivamente, mucho antes de la introducción del paganismo griego.

No obstante, hacia el siglo VI antes de Jesucristo, estas diosas

tuvieron sus correspondientes sacerdotisas, las cuales figuran en casi todas las leyendas eróticas de la Mitología romana, aunque es muy difícil precisar si realmente se trataba de hechos reales, al menos en lo que se refiere al culto, o no pasaban de ser fantasías de los autores.

EL AMOR EN LA MITOLOGIA EGIPCIA

Divinidades humanas y animales.—Omnipotencia de los dioses.—Los principales personajes del ciclo de Tebas.—La Esfinge.—El oráculo de Delfos.—Edipo y Yocasta.—Sus amores incestuosos.—El culto de Isis.—La iniciación sexual en el templo de Osiris.—Las «cristóforas».—Los rituales preliminares de la desfloración.—Los animales sagrados.—El bestialismo religioso.—Razones de estas prácticas.—El amor entre los antiguos egipcios.

Muchas divinidades de la Mitología grecorromana tienen el origen de su culto en la antigua Tebas, y aun algunas, netamente egipcias, como, por ejemplo, Isis y Anubis, merecieron un culto muy entusiasta de los romanos.

Como en casi todas las religiones primitivas, el elemento sexual aparece en la Mitología egipcia con caracteres más extraños, siendo muy notable la promiscuidad de hombres y animales, que encarnan las potencias creadoras de la Naturaleza. Si las relaciones sexuales incestuosas existen en gran abundancia entre los griegos y romanos, como consecuencia o necesidad de la procreación de los dioses, el bestialismo sólo se encuentra de una manera accidental. En cambio, en el ciclo legendario de Tebas, vemos que los dioses, empezando por la famosa Esfinge, adoptan formas que, sin ser completamente animales, tampoco resultan totalmente humanas.

Pocos animales, especialmente los domésticos, dejaron de ser adorados como encarnación de las divinidades. La cabra, el buey, el gato, el perro, el chacal, el león, el ibis y hasta algunos insectos eran adorados como representaciones divinas, lo mismo en los machos que en las hembras. No obstante, algunas de estas figuras fueron adoradas en su propia forma, como, por ejemplo el ibis sagrado, al cual se rendía veneración porque descastaba de peligrosos reptiles las márgenes del Nilo, que también fué adorado como un

dios, después de sus crecidas periódicas y pródigas en beneficios para la agricultura.

Desde el punto de vista netamente religioso, a diferencia de lo que ocurría entre los griegos y romanos, las divinidades egipcias eran todopoderosas en aquellos aspectos que dominaban. El pensamiento fundamental de la religión de los egipcios era la idea de que el hombre, pese a su inteligencia y a su astucia, de toda su fuerza y de todos los poderes que pudiera procurarse, ya fuesen morales o materiales, estaba en la imposibilidad absoluta de oponerse a la voluntad omnímoda de los dioses cuyas decisiones habían de ser forzosamente acatadas.

El culto de los personajes mitológicos estaba estrechamente ligado a las prácticas mágicas, ricas en múltiples secretos de que nos hablan los pápiros traducidos por los egiptólogos, secretos que permanecen misteriosamente insolubles, a pesar de todos los esfuerzos de la ciencia.

Es muy poco lo que se sabe de la magia y de la alquimia egipcia; las mismas momias que, al cabo de muchos miles de años, se siguen encontrando en las excavaciones de la antigua Tebas, se presentan en un estado tal de conservación, que es bien seguro que los embalsamamientos más perfectos realizados hoy por medio de los procedimientos científicos más perfectos, no prestan las mismas garantías que ofrecen esas momias de dioses y personajes que enriquecen los principales museos arqueológicos del mundo.

La religión egipcia era una mezcla de mitos teóricos y de hechos mágicos, completamente prácticos, cuyos efectos se comprobaban sin lugar a dudas. Esto daba lugar, como es natural, al robustecimiento de las creencias que predicaban los sacerdotes que, a la vez, eran los únicos depositarios de los fabulosos secretos milenarios de la sabiduría tebana.

Cuando los dioses decretaban el aniquilamiento de los hombres, lo que se revelaba por medio de oráculos y otros procedimientos semejantes, era inútil oponerse a los terribles designios de las divinidades, pues si se pretendía tomar precauciones y arbitrar medios para contrarrestar los poderes divinos, estas medidas se traducían en resultados diametralmente opuestos, ya que estaba suficientemente demostrado que esas precauciones, lejos de entorpecer la realización de los designios que decían los oráculos, contribuían al mejor desarrollo de los planes divinos.

La religión de los primitivos tebanos no se inspiraba, principalmente, en el amor y el temor a las divinidades: se inspiraba en el terror, en el espanto, en todo aquello que resulta más trágico en la vida de los hombres.

Por esta razón, en virtud de esta verdadera "dictadura" de los dioses, el pueblo egipcio mantuvo sus mitos al cabo de mucho tiempo con la misma pureza que tuvieron en su implantación, a pesar de que el desarrollo de la cultura egipcia había dado lugar al perfeccionamiento de muchas ideas, lo mismo sociales que científicas, en tanto que la religión permanecía inmutable asentada sobre los sólidos basamentos de una tradición de múltiples siglos.

Isis y Anubis eran lo mismo que la Afrodita y el Eros de los griegos, con la particularidad de que Anubis intervenía en las cuestiones que se relacionaban con los muertos, como los embalsamamientos, las tumbas, las momias, etc. Tenía cuerpo de hombre y cabeza de chacal, porque su reino estaba también en los montes.

Osiris, que era esposo de Isis y padre de Horus y de Anubis, era el dios del bien, y, lo mismo que su esposa, intervenía en los negocios de amor de los hombres, lo mismo que Horus, dios del sol naciente, que tenía cuerpo de hombre y cabeza de gavilán.

A veces, aparecen muy oscuras las razones que inducen a las divinidades a parecerse a los animales o tomar alguna parte de la forma de los mismos; pero otras, se encuentra la justificación, como ocurre con la Esfinge, que simboliza la esencia espiritual del demonio de la muerte, y después, al unirse a la misma divinidad babilónica, simboliza la fuerza, la fiereza y la velocidad.

Inspiraba, a la vez, los amores infernales y las pasiones más salvajes de los hombres; pero vamos a referir, a grandes rasgos, la vida de la Esfinge y los hechos más notables relacionados con esta divinidad terrible.

Según un decreto de los dioses, que, como hemos dicho, eran inviolables, el joven Layo, hijo del rey de Labdaco, procedente de la raza de Cadmo, había de ser el último rey de Tebas. En vista de este designio poco agradable, consultó al oráculo de Delfos, el cual contestó: "Si tiene un hijo, éste lo matará, y se casará con su madre". Al saber esto Layo dispuso que un hijo que había tenido con su esposa Yocasta, hermana del espartano Creón, fuera abandonado en las montañas de Citerón, atado de pies y manos, a fin de que muriera, de cuya forma creyó que no se cumpliría el oráculo.

Cuando el niño hubo andado mucho, y estaba a punto de pe-

recer, fué hallado por unos pastores, los cuales le condujeron a la corte del rey Polibo de Corinto, que, apenado por el aspecto de la criatura, le rodeó de cuidados y se encargó de su educación.

Como no conocían su nombre ni su procedencia, le nombraron *Edipo,* lo que quiere decir "pies hinchados". Creció Edipo hasta hacerse un apuesto mancebo, que conocía las artes de la guerra y las de gobernar a los hombres, lo que había aprendido con su protector Polibo, hasta que un día, preocupado por no saber su origen, se dirigió al oráculo de Delfos, quien le reveló no sólo su pasado, sino también su porvenir.

Así supo que, un día, se casaría con su madre, con la cual tendría hijos y luego descendientes que no podrían soportar la mirada de los hombres, y que además mataría a su padre.

No creyó en el oráculo, y, por tanto, empezó por no regresar a Corinto al objeto de hacer todo lo posible porque la predicción no se cumpliera; más, al poco tiempo de haber salido de Delfos, se encontró con un hombre en el cruce de un camino que le ofendió gravemente, por lo que el joven Edipo le mató después de una corta lucha. El muerto era Layo, su padre, pero ni uno ni otro se habían reconocido.

Mientras ocurrían estos sucesos, la tierra de Tebas estaba convertida poco menos que en un erial, porque las gentes, aterrorizadas, abandonaban el país en demanda de otras regiones más prósperas y tranquilas. El motivo de esta desesperación estaba en que la Esfinge, un monstruo gigantesco, con la parte superior del cuerpo en forma de joven alada, la inferior con figura de león y la cola de serpiente, se había adueñado de unas montañas que eran el paso para la ciudad, y a todo el que pasaba por allí le obligaba a resolver un enigma que nadie había descifrado, por lo que todos murieron destrozados por el monstruo, después de cometer con sus víctimas toda clase de excesos de distinta índole.

Esta divinidad implacable de los acertijos había asesinado a numerosas personas, entre ellas algunas de calidad, como le había ocurrido a un príncipe llamado Hemón, hijo de Creón, que había mandado en Tebas después de la muerte de su cuñado Layo.

Hemón acudió a la montaña que habitaba la Esfinge dispuesto a solucionar el misterioso enigma, que consistía en la siguiente pregunta: "¿Cuál es el ser que, estando dotado de una sola voz, camina en cuatro pies por la mañana, en dos a mediodía y en tres por la tarde?" Por muchos esfuerzos de imaginación que realizaban los

infelices, no eran capaces de dar una respuesta adecuada a la Esfinge, la cual no consentía más que una sola contestación, y acto seguido devoraba a sus víctimas.

Toda la ciudad de Tebas estaba tan aterrorizada, que acordó entregar la corona y la mano de la reina al hombre que fuese capaz de acabar con la Esfinge, la cual moriría tan pronto como hubiese alguien que descifrase su enigma.

Edipo, que acababa de llegar a la ciudad, se enteró de lo que ocurría, y acometió resueltamente la difícil empresa. Cuando se vió ante la Esfinge, ésta le hizo la consabida pregunta, que fué contestada sin titubear por Edipo, diciendo: "Ese ser es el hombre, que de niño se arrastra en cuatro pies, cuando es mayor anda en dos, y en la vejez toma un bastón para apoyarse al andar".

Solucionado el enigma, la Esfinge se enfureció, precipitándose en el mar, y no volvió a vérsela jamás. Entonces, la ciudad cumplió lo prometido, por lo que Edipo fué proclamado rey, casándose con la hermosa Yocasta que, como se sabe, era su madre.

Edipo se enamoró de su esposa ardientemente, con la que tuvo cuatro hijos, que fueron Antígona, Polinice, Ismena y Etéocles; pero esto enojó a los dioses, los cuales le hicieron saber los crímenes que había cometido matando a su propio padre, primero, y casándose con su madre después.

Yocasta, que también conoció todo lo que había ocurrido, al estar enamorada de su hijo y esposo, sin cuyo amor no podía vivir, resolvió ahorcarse. Edipo no pudo tampoco resignarse ante la pérdida del más ardiente amor sensual de su vida, y se sacó los ojos, huyendo después de Tebas en compañía de su hija Antígona, que simboliza el amor filial en la Mitología egipcia.

En las leyendas tebanas no aparece el elemento erótico tan destacado como en las narraciones de la vida de los personajes mitológicos griegos y romanos. Esto obedece principalmente al hecho de que la mujer ocupó una posición social muy superior a la de sus congéneres grecorromanas, y, siendo ellas las que regían en los aspectos más importantes de la vida, también controlaban las relaciones sexuales, cuyas consecuencias sufrían las mujeres más que los hombres.

No obstante, el culto de Isis estaba extendido por todo el país, hasta el extremo, según dice Herodoto, de que cada año se reunían cerca de un millón de peregrinos en los templos de Bubasthis, con el fin de recibir las enseñanzas y practicar los sacrificios de la ini-

ciación sexual, "lo que se traducía en considerables beneficios para los sacerdotes de la diosa Isis".

Según Dupouy, citado por Laurent y Nagour, "en las ceremonias sagradas los sacerdotes de la divinidad sagrada llevaban el místico harnero, que recoge el grano y el salvado; pero que sólo retiene el primero, dejando escapar al segundo".

"Los sacerdotes del dios (Osiris)—prosigue—ostentaban la *tau* sagrada, o sea la llave que abre las cerraduras más rebeldes. La *tau* representaba el órgano masculino y el harnero el de la mujer. Había, además, el ojo, con o sin ceja, que se situaba junto a la *tau* en los atributos de Osiris, para significar la relación entre ambos sexos. De idéntico modo, en las fiestas de Isis, inmediatamente después de la vaca de cría, desfilaban varias jóvenes consagradas, que se las distinguía con el nombre de *cristóforas,* sosteniendo el místico cesto, y cerca de ellas iba una sacerdotisa que guardaba en el seno una urna de oro, sirviendo de estuche al falo, adorable imagen, según Apuleyo, de la divinidad suprema, e instrumento productor de los placeres más ocultos."

El día fijado para la iniciación de los jóvenes, se engalanaban los templos de los dioses, y, por lo general, se colocaban juntas las imágenes de ambas divinidades, procurando que su contacto fuese lo más íntimo posible.

Las muchachas que habían llegado a Tebas procedentes de lejanos países, tenían que bañarse y lavarse todo el cuerpo con especial cuidado en las partes más secretas, que después habían de ungir con bálsamos grasos y perfumados (1).

Esta operación la ejecutaban las mujeres separadas de los hombres en grandes piscinas alimentadas por las aguas sagradas del Nilo, y duraba toda la tarde del día anterior al fijado para la celebración del festejo.

Para que ninguna dejase de practicar el baño ritual, eran vigiladas por las sacerdotisas de Isis, las cuales ilustraban perfectamente a las que no sabían hacerlo o lo ejecutaban con torpeza. Los bálsamos y los perfumes eran expendidos indistintamente por los sacerdotes de Osiris o por las servidoras de Isis, lo mismo que las comidas y cuantos objetos necesitasen los devotos que asistían a la ceremonia.

Con los beneficios obtenidos, que eran muy abundantes, se sostenía el culto que daba de comer a numerosos servidores, tales como sacerdotes y cristóforas, o sean las jóvenes que, habiendo consagrado su virginidad a los dioses, se quedaban en el templo, renunciando al matrimonio, aunque no a la práctica de la sexualidad, ya que estaban consideradas como prostitutas religiosas con las cuales podían pernoctar los mercaderes y caminantes que no tuvieran domicilio en Tebas o que quisieran pasar la noche bajo los sagrados techos del templo en unión de las cristóforas. Los conocimientos eróticos de las sacerdotisas de Isis eran muy completos, razón por la cual eran muy solicitadas, aparte de que las relaciones sexuales sostenidas con estas mujeres producían beneficios a sus clientes, puesto que las cristóforas eran personas religiosas.

Llegado el momento de la ceremonia, las jóvenes podían elegir entre ser desfloradas con el símbolo de Osiris, por un sacerdote, o bien por los procedimientos más agradables empleados por el hombre que estuviera dispuesto a desposarlas. En todos los casos, el acto tenía lugar públicamente y sin el menor recato, considerándose que el hecho de lograr sensaciones voluptuosas en este instante podía ofender a los dioses.

Después de las ceremonias de iniciación, se presentaban ante los dioses los hombres y las mujeres que no eran correspondidos en su amor, y a continuación las que, deseando tener hijos, permanecían estériles.

En estas demandas, y siempre bajo la advocación de los dioses, se verificaban los actos sexuales más desenfrenados, pues cada cual podía dar rienda suelta a sus impulsos por medio de la manifestación que estimase más conveniente. Isis y Asiris presidían en lo alto de sus pedestales estas felices escenas demostrativas de la vitalidad de lo egipcios que, a toda costa, querían disfrutar de los placeres terrenales, en vista de la poca confianza que tenían en los que pudieran obtenerse más allá del estado de momia.

El macho cabrío y la cabra disfrutaban de gran veneración entre los antiguos tebanos. La cabra era el símbolo de la fecundidad, y el macho, el de la potencia creadora animal. Como quiera que el contacto con estos animales sagrados era considerado altamente beneficioso, Isis y Osiris disponían que, cuando un hombre se encontrase débil, cohabitase unos días con una cabra, y si se trataba de la esterilidad de una mujer, debía hacer lo mismo con un macho cabrío. La veneración por estas bestias alcanzó tal importancia, que los tebanos procuraron seleccionar el ganado caprino, que adquirió por

(1) El empleo de estos bálsamos tenía por objeto, sin duda alguna, lubrificar artificialmente la vulva de las muchachas vírgenes, con el fin de facilitar la desfloración y la intromisión del miembro viril.

entonces la fama, que aún perdura, de ser el mejor del mundo, en competencia con la de Angora.

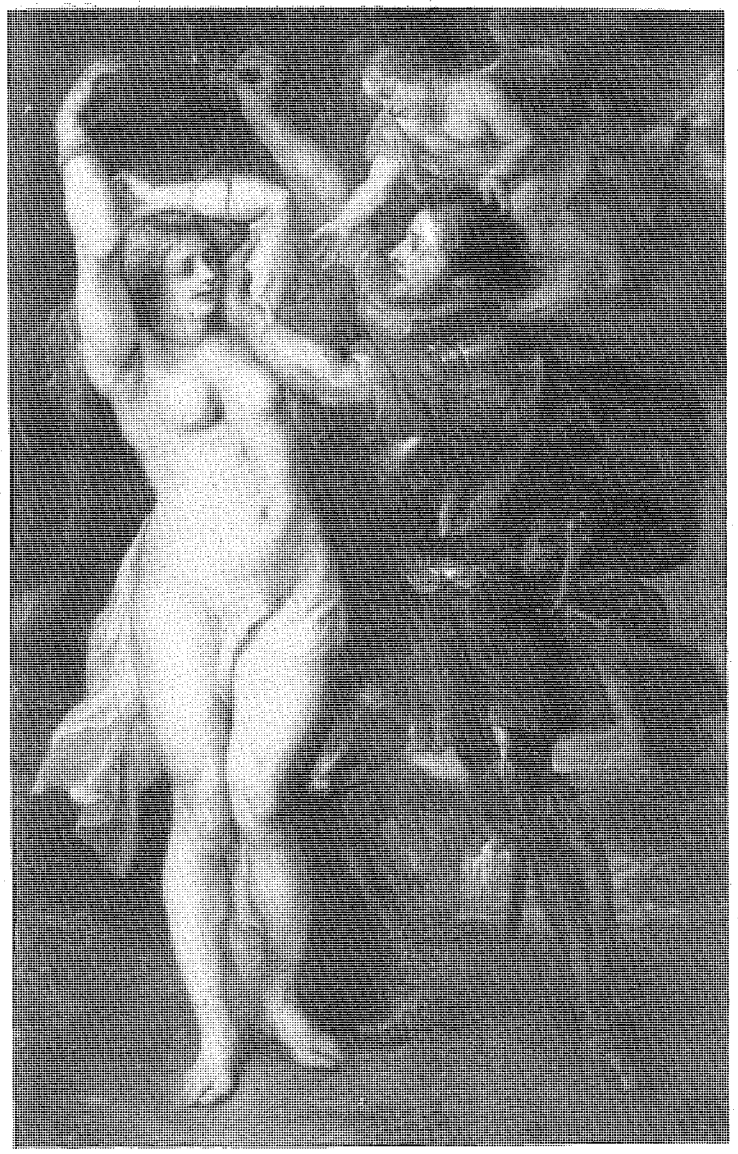
A pesar del tiempo transcurrido, cuando los antiguos mitos han dejado paso a las doctrinas islámicas, hay sitios en Egipto donde aún se rinde cierto culto a Isis y Osiris, considerándose como sagrados algunos animales, como la cabra, el buey, el gato y la cigüeña. Las huellas principales del antiguo culto de las divinidades mitológicas o, por mejor decir, de sus representaciones animales, se encuentran en el Alto Egipto, cuyos habitantes han resistido más que los de la parte baja del Nilo a las influencias de los predicadores mahometanos.

Algunos autores han tratado de ver en estas supervivencias de las viejas religiones simples actos de bestialismo ejecutados tanto por hombres como por mujeres con las vacas, las cabras y sus machos. En efecto, no cabe duda que, sobre todo los pastores, como ocurre en casi todas las partes del mundo en que los hombres y los animales de esta clase viven en verdadera promiscuidad, desahogan en las bestias su impulso sexual a falta de medios o bien en razón de las causas que hemos estudiado al referirnos a dicha perversión. Pero, por regla general, exceptuando estos casos, los contactos sexuales que con bestias practican los egipcios de las clases bajas de la sociedad, resultan un vestigio de las antiguas concepciones mitológicas, en las que se establecía que las relaciones con los animales procuraban a los hombres diversos beneficios, aparte los que se relacionaban con la curación de determinados trastornos funcionales y enfermedades de los órganos de la procreación.

Por otra parte, seguramente más dentro del terreno de la superstición que del campo de la mitología, existió la creencia de que algunos animales eran la representación palpable de las divinidades espirituales, las cuales habían encarnado en las bestias para estar en más íntimo contacto con los hombres.

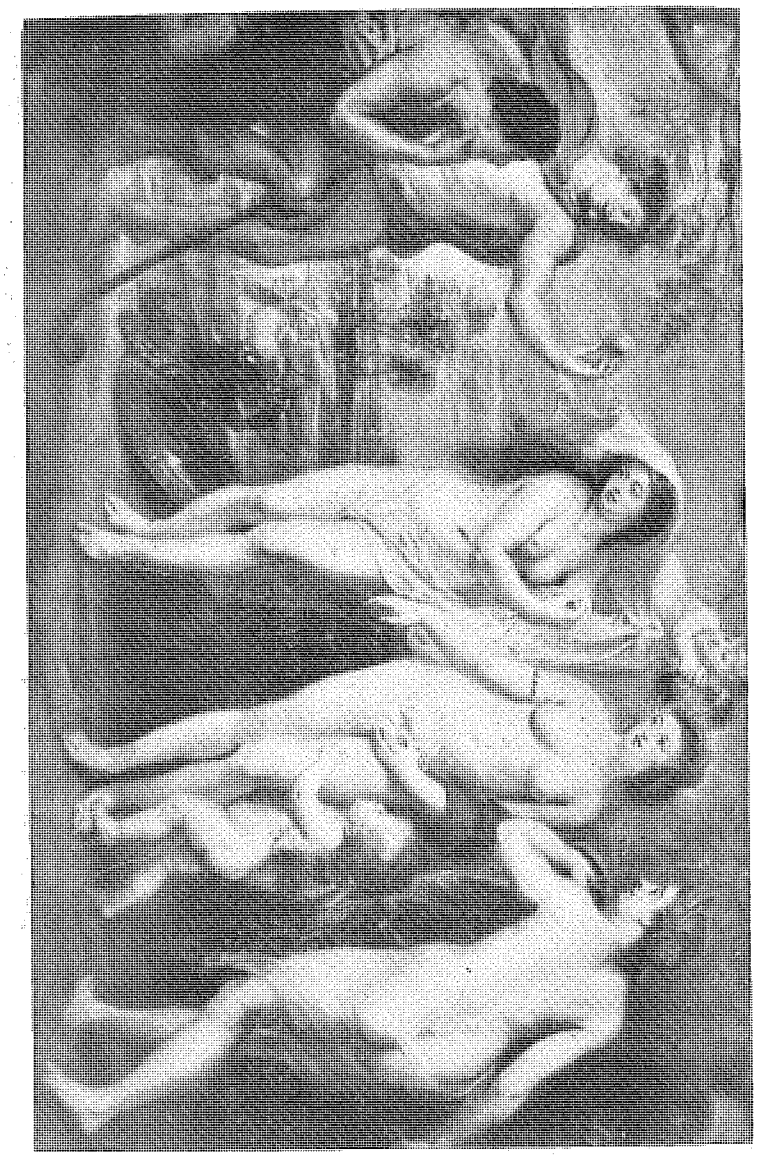
Aún puede aducirse otro razonamiento en la justificación de estas prácticas antinaturales: la creencia, que aún subsiste, de que el contacto con los animales da lugar a que las personas se asimilen sus particularidades más apreciales, como la resistencia en el andar y la sobriedad del camello, la energía del toro, la astucia del chacal, la velocidad del gamo, el valor del tigre, la humildad del cordero, etcétera, etc.

Con relación a los animales salvajes de domesticidad imposible, cuya muerte no se consideraba como un delito, los hombres se co-



ANDROMEDA Y PERSEO (Rubens)
La hermosura extraordinaria de Andrómeda hizo que un dragón la requiriese de amores, pero gracias a la oportuna intervención de Perseo el monstruo no logró su propósito

LAMINA VII



EL JUICIO DE PARIS (Rubens)
La guerra de Troya que provocó la hermosa Helena, tuvo su origen en una simple manzana, lo mismo que las miserias de los hombres. Las pequeñas causas producen a veces muy grandes efectos

LAMINA VIII

mían el corazón, las patas, los ojos y aquellos órganos en los cuales se creía que residían las particularidades que se trataba de asimilar. En cuanto a los otros, que, por ser de utilidad, no podía dárseles muerte, los antiguos tebanos, y muchos egipcios modernos, no encontraban medio mejor que la aproximación sexual y, muchas veces, un extraño amor, mezcla de superstición, de religión y de sensualidad, más comprensible aún por la circunstancia de que las mujeres tenían a su cargo el control de las manifestaciones de la sexualidad normal de los hombres.

La única particularidad chocante que se advierte en las leyendas amorosas de los dioses míticos de Egipto, es la del incesto entre hermanos y padres e hijas: la de la madre con el hijo, como en el caso de Yocasta y Edipo, puede considerarse excepcional o, al menos, muy poco frecuente. Pero en la vida de los reyes, que, hasta cierto punto, gozaban de un prestigio religioso, los matrimonios de hermanos no constituían motivo de escándalo, como ocurre con lo que ya sabemos de Cleopatra.

En las narraciones de la vida sexual de los dioses, no se encuentra la descripción del detalle erótico ni pornográfico, como sucede en otras mitologías. A veces, esas relaciones íntimas aparecen veladas por los conceptos extraños y la intervención de circunstancias mágicas y misteriosas que no ha sido posible aclarar o que no podemos comprender. El mismo mito de la Esfinge es tan ingenuo que no se acierta a comprender cómo todo un pueblo tan conocedor de la magia y, en su mayoría, tan sabio pudo ser víctima del monstruo hasta que intervino Edipo y resolvió el sencillo enigma que tantas desgracias había llevado a Tebas.

Es posible que los dioses egipcios no conociesen el amor, al menos en esa forma por la que humanamente se conciben todos los sacrificios, como acontece en la Mitología griega, donde se nos aparece Zeus tan semejante a Príapo. Las Bellas Artes no alcanzaron nunca entre los egipcios el perfecto desarrollo que tuvieron en Grecia, donde la mayor parte de las esculturas, las poesías y la literatura parecen inspiradas en un sentimiento puro, franco y floreciente, que tenían su base fundamental en las pasiones sensuales que hacían del corazón de los hombres la fuente de las más sublimes concepciones, como si la perfección del amor dejase de ser realmente humana, para convertirse en una virtud divina.

LOS PUEBLOS ORIENTALES

Las equivalencias de Adán y Eva.—Mitología japonesa.—Los primeros dioses del Olimpo nipón.—Los partos de Izanami y los hijos de Izanaji.—La purificación del dios viudo.—El primer incesto en el Japón.—Las hazañas de Susanoo.—La decisión de Amateratsu.—La vanidad femenina.—El dios de la Astucia.—El «macho impetuoso».—El primer emperador.—Los símbolos de la procreación.—Mitología india. El culto de Krishna.

El mito que hemos aceptado acerca de la existencia de una primera pareja humana de la que descendemos, parece ser tanto como un hecho real, ateniéndonos a las creencias que en este sentido sustentan los pueblos de más remota historia, así como muchos otros que jamás fueron civilizados y permanecen aún en el más primitivo estado de incultura.

De lo que no puede haber duda es que, al ser descendientes de una pareja creada por la divinidad suprema, hemos de serlo también de posteriores uniones incestuosas. Esto sucede, naturalmente, en todas las religiones, incluso en las de los pueblos salvajes, lo que parece demostrar que, en efecto, existieron un Adán y una Eva con distintas denominaciones en la explicación de las diversas teogonías.

En la Mitología japonesa vemos que todo el pueblo del Dai Nipón tiene un origen divino, especialmente sus soberanos, cuya dinastía cuenta con más de dos mil seiscientos años de existencia, lo que se revela por su extensa cronología perfectamente detallada y en una íntima unión entre la Mitología y la Historia, las cuales se confunden tantas veces, que no sabemos si decir si se trata de una fantástica narración mitológica, hasta nuestros días, o de una cadena de sucesos históricos perfectamente explicados y definidos.

El orgullo de esta raza, orgullo inmutable y lleno de dignidad, puesto que lo hacen compatible con la máxima educación, la más recia cultura y la más exquisita galantería, ha hecho del pueblo ja-

ponés un superraza, lo mismo en lo moral que en lo físico. Saberse descendientes de dioses, de seres superiores que realizaron un ciclo constantemente heroico, no constituye la fuente del orgullo en los tiempos actuales, plenos de materialismo, para otra raza que no sea la japonesa; pero en este país, que procura conservar incólumes sus tradiciones espirituales, manifestándose en expresiones semejantes a las que mostraron los más remotos antepasados, la conciencia de su origen les hace superiores a los demás pueblos supercivilizados, en los que no existen muestras de perfección en lo que afecta a su vida espiritual y colectiva.

No obstante, los principios de la Mitología nipona son bastante complicados y a veces difíciles de explicar, porque muchísimos de sus dioses tienen una historia poco clara, lo mismo que sus atribuciones sobre los mortales, lo que también se observa, aunque en menor grado, en todas las mitologías importantes.

El origen del país es remotísimo, según los autores japoneses; pero, en realidad, todo lo que se conoce con más detalle no es el verdadero proceso de los períodos primitivos, en los que se confunden los hechos reales con los mitos y las leyendas de la creación del mundo, sino que la verdadera historia unida íntimamente a la Mitología data del año 700, aproximadamente, antes de Jesucristo.

Si nosotros creemos que Dios creó a Adán y a Eva, los japoneses dicen que el nacimiento de la primera pareja obedeció a un motivo cósmico; la separación del cielo y la tierra que primitivamente formaban un todo. Así surgió el primer dios, *Izanaji*, y después una diosa, *Izanami*.

Estos dos seres primitivos se amaban tan inocentemente, que ya llevaban varios años sin haber dado descendencia alguna, hasta que, observando las costumbres de los pájaros, aprendieron a realizar el acto sexual. De estas relaciones nacieron varios seres, unos geográficos y otros carnales. Izanami dió a luz las ocho grandes islas más importantes del archipiélago japonés, que a la vez parieron numerosas pequeñas islas.

El divino matrimonio vivió feliz hasta que nació el dios del Fuego, parto monstruoso que costó la vida a su madre. Izanaji quiso recuperarla, y para ello marchó al reino de los muertos, donde, después de muchas vicisitudes, logró encontrarla. Lloró de alegría al verla de nuevo en sus brazos; pero la acarició con tal ardor, que la diosa se convirtió en un montón de repugnantes restos que desprendían un hedor insoportable. El desdichado Izanaji se quedó definitivamente viudo, y, con el fin de purificarse del contacto necrofílico que había tenido con aquella carroña, fué a bañarse en un lago, dejando en la orilla sus vestidos formados por varias prendas, de cada una de las cuales surgió un dios.

El dios miró sorprendido aquella transformación de sus ropas, y de su ojo derecho nació *Tsuki-No-Kami*, diosa de la luna, y del derecho, la diosa del sol, llamada *Amateratsu*. Poco tiempo después vió Izanaji que de su nariz brotaba un ser gigantesco, *Susanoo*, el Hércules japonés, más forzudo y violento que el de la Mitología griega.

Toda esta familia parece que vivió en la mejor armonía, hasta que Susanoo, que en japonés quiere decir "macho impetuoso", se enamoró locamente de su hermana la diosa del sol, la cual se negaba a satisfacer sus violentos deseos. Mas ella era una débil mujer y su hermano un hércules brutal y de fuerza extraordinaria. No obstante, la diosa quedó muy complacida de los intensos placeres que el hermano sabía prodigarle, y ambos se enamoraron apasionadamente; pero, como sucede siempre entre los enamorados, los dos amantes tuvieron ciertas diferencias y muchas disputas, ya que la joven era de un carácter bastante díscolo.

No puede negarse que en la vida erótica de estos personajes de la Mitología, el sadomasoquismo andaba de por medio. En una ocasión que riñeron acaloradamente los dos hermanos, Susanoo cogió un caballo muerto y lo arrojó a la cabeza de su amante, con tal acierto que la destrozó la preciosa tela que estaba tejiendo. Entonces la diosa se enojó de tal forma que, para acabar de sufrir de una vez las brutalidades de su hermano, se ocultó en una gruta, por lo que el mundo todo quedó a oscuras.

Uno de los dioses, el de la Astucia, llevó ante la gruta donde se había refugiado Amateratsu una diosa secundaria, muchacha joven y de gran belleza, a la cual hicieron danzar al son de una dulce música que producían los dioses por medio de unos instrumentos maravillosos. Amateratsu entonces miró a través de las piedras que obstruían la entrada de su refugio, y, al ver que los dioses alababan la belleza de las formas de la danzarina, diciendo que no había otra igual que pudiera igualarla en hermosura, la diosa afirmó que ella lo era más, y para demostrarlo, olvidándose de su enojo y llena de vanidad, salió de la gruta, mostrándose igualmente desnuda para que comparasen los dioses. Estos aseguraron que la diosa subalterna era más hermosa, por lo que Amateratsu pidió un espejo, y, al fin, convenció a todos de la superioridad de su hermosura.

Mientras tanto Susanoo había derribado todas las piedras que tapaban la gruta; pero como la diosa estaba muy contenta de saberse la más bella de las mujeres, recobró su tranquilidad y volvió a iluminar al mundo con sus rayos.

Los dioses entonces, convencidos de que Susanoo no hacía más que barbaridades abusando de su extraordinaria fuerza, le expulsaron del cielo, dándole, en cambio, el imperio de los mares y un sable encantado con el cual podía matar a los enemigos más poderosos. En efecto, dejó de molestar a su hermana, pero la tomó con los dragones y demás bestias fabulosas, a las que fué destruyendo poco a poco por el placer de matar y de hacer daño.

Pero no fueron estos los únicos deleites del dios del Valor; Susanoo se entregó a los placeres del amor con cuantas mujeres encontraba en su camino, las cuales no podían resistirse al galán, que usaba de la fuerza más que de la persuasión. Así es como pudo engendrar, como su compañero Zeus, infinidad de seres de todas clases, pues lo mismo violaba mujeres que fieras, *dragonas*, vacas o aves.

Casi todas las hazañas de Susanoo fueron empresas voluptuosas, y, gracias a su poderosa virilidad y a la insaciabilidad de sus impulsos sexuales, pudo realizar aquellos hechos fabulosos de matar dragones, dominar elementos y reducir cuantos obstáculos se oponían a la satisfacción de sus deseos eróticos. Si Susanoo hubiera sido impotente o débil sexual, la Mitología y la Historia del Japón habrían sido muy otras.

De los amores de la diosa del sol y del dios del valor nacieron varios hijos, y de éstos Jin-mu Tenno, el primer soberano de la dinastía más antigua de todas las conocidas.

La diosa Amateratsu, que no había vuelto a ver a su esposo, regaló a su nieto Jin-mu Tenno las islas del Japón, nombrándole para siempre emperador de los vastos territorios, entregándole entonces las dos joyas del Tesoro Sagrado: el Espejo en que ella se había mirado para comparar su belleza con la de su competidora cuando salió de la gruta, y el Sable que empleó su abuelo en aquellas aventuras. El Espejo Sagrado y el Sable Sagrado, que constituyen los emblemas de los soberanos japoneses, se conservan desde entonces en un templo de Kioto, y cada vez que se proclama un nuevo emperador, la ceremonia más importante consiste en el viaje del monarca a Kioto, en cuyo templo de Isé están los sagrados símbolos, que ni los mismos emperadores pueden ver por hallarse envueltos en ricas telas de seda que se van renovando, desde hace veintiséis siglos, a medida que las destruye el tiempo.

Los dos objetos se consideran como los símbolos de la procreación: el Sable representa, por su forma alargada, al miembro viril, y el Espejo, de estructura oval, a la vulva femenina. En algunos templos pueden verse esculpidas estas figuras que adoptan las formas de los dos órganos de la generación.

A partir del período histórico, los japoneses dejan de adorar a las divinidades mitológicas para divinizar a sus emperadores, a los que se consideró como descendientes directos del cielo. Pero esta veneración no tiene su fundamento en los hechos en sí, sino que se basa en la razón de que aquellos dioses fueron los fundadores del país, que constituye el amor más fuerte de todo buen japonés.

Posteriormente, al transformarse la mitología en religión, y establecerse los ritos de otros dogmas importados del continente asiático, especialmente de China, las divinidades mitológicas fueron adaptadas a las religiosas de los cultos budhista y shintoísta, que son las religiones predominantes, y así es como los antiguos dioses mitológicos prestaron sus cometidos a los nuevos símbolos.

La diosa *Kwannon*, símbolo del amor y la misericordia, es la divinidad de los enamorados o, por mejor decir, de la procreación y de la sexualidad, ya que el amor no se conoce en el Japón tradicional en las formas espirituales que adopta entre nosotros.

Al ser estos dioses copia casi exacta de las divinidades del Indo, nos encontramos con Budha convertido en el Japón en el Sakia-Muni, símbolo de la pureza, de la calma, de la sabiduría y hasta del placer supremo. Vichnú, Shiwa, Darbha, Kamadewa y las demás divinidades, tienen su equivalencia en la religión japonesa, aunque su origen indio es también mitológico.

En el *Rig-Veda*, el más antiguo de todos los libros de la mitología y la teología india, Kamadewa es el dios del amor, belicoso y sabio hijo de Brahma. "El arca de Kamadewa—dice el libro—está hecho de flores, con una cuerda formada por abejas, y sus cinco flechas tienen por punta una flor que preside uno de los sentidos. Kamadewa es el señor de las Asparas o ninfas celestes. Tiene varios nombres: se le denomina dios del deseo, el agitador del espíritu, el que enloquece, el que infama, el destructor de la quietud, de la devoción, el que no tiene cuerpo."

Se supone a este dios dotado de una juventud, de una hermosura y de una virilidad eternas, que lo mismo impera sobre los

dioses que sobre los hombres. Al lado de Kamadewa existe también Krishna, al cual puede compararse con el griego Eros, ya que sus hazañas son particularmente eróticas.

Estas divinidades mitológicas ofrecen la particularidad de presentar muy difícil la apreciación de su verdadero sexo, ya que en casi todas se advierten caracteres de hermafroditismo más o menos acentuados.

Los animales sagrados, especialmente la vaca, ocupa un puesto muy importante en el índice de las divinidades mitológicas de la antigua India, y aún se pueden presenciar ciertas ceremonias consagradas a las vacas en los templos de Benarés y de otras ciudades indias que viven en íntimo contacto con la civilización occidental. El excremento de vaca es también sagrado, por lo que los fieles lo comen, lo mismo que beben los orines y realizan otros ritos puramente escatológicos.

Los dioses y diosas, ya estuviese representado su sexo bien definido o en esa forma ambigua que dificulta su apreciación, se relacionaban entre sí sexualmente empeñándose en toda suerte de aventuras eróticas de las que nacían nuevas divinidades secundarias.

No obstante, el erotismo que se advierte en todas las narraciones de los teólogos indios, cuyos libros pueden estimarse completamente pornográficos, la procreación era casi siempre la finalidad perseguida; pero, bien entendido, con el acompañamiento imprescindible de la parte erótica, en cuya ciencia fueron maestros los dioses y teólogos de la antigua tierra de Indra.

Las divinidades del amor prescribían la mayor libertad de expresión en las cuestiones sexuales, estableciendo penas y castigos para las mujeres que, sintiendo palpitar su pecho de deseo, se abstuvieran de satisfacerse con el primer hombre. El culto del amor en todas sus formas, incluso las que a nosotros nos parecen más obscenas y repugnantes, tuvo su mayor apogeo en la Mitología asiática, que seguramente tuvo su origen en la India.

En el culto de Krishna se contiene la maravillosa historia erótica de este dios, que cuando tenía quince años de edad ya había cohabitado con todas las vaqueras de su reino. Por esto se le considera como el dios de la fecundidad y del placer sexual, que nunca deben ir separados, puesto que del ascetismo ya habla Indra, al cual no se le hace mucho caso, a no ser por los faquires que practican las doctrinas ascéticas como medio apropiado para lograr la exaltación de las máximas energías intelectuales.

Todas las divinidades, buenas y malas, practicaron la sexualidad de una manera bastante desordenada, pero sin que por ello cometiesen el más leve pecado, ya que el principio del amor humano no puede contenerse en otras doctrinas que en aquellas que son puramente prácticas y naturalistas.

Los principios mitológicos de la religión se conservan en la India actual con mucha mayor pureza que en las demás religiones inspiradas en sucesos y personajes equivalentes. Es lo único que la civilización no ha logrado desterrar de las costumbres autóctonas, y contra lo que nada pueden las aportaciones de la moderna cultura, que trata de reprimir los impulsos más primitivos y prácticos de todos los que rigen la vida de los hombres.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LAS GRANDES FIGURAS MITOLOGICAS

Equivalencias de la diosa Venus.—Sus orígenes. Los dioses olímpicos.—Su matrimonio con Vulcano y el adulterio con Marte.—Cómo fueron hallados.—Las aventuras de la diosa.—El designio de Zeus.—Adonis.—Las licencias de Venus.—Eros y su cortejo.—Las musas.—Bases del naturalismo griego.—La significación sexual de los ritos.—Diana y sus aventuras.—Divinidades secundarias.—El dios Pan y sus sacerdotes.—El dios Baco y las bacantes 9

EL PAGANISMO DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS

Las primeras doctrinas griegas.—Las fiestas paganas.—Diferencias con el cristianismo.—Las ceremonias.—La erótica en los templos.—Perversión de las costumbres.—El culto de Dyonisos.—Los desenfrenos de las fiestas.—Las fiestas sexuales.—Mujeres solas.—Licencias de los esclavos.—Juno.—Los caldeos.—El erotismo de su religión.—Asiria.—«El precio del perro». Germanos y escandinavos.—Mitología lituana. El premio de los guerreros 19

LEYENDAS MITOLOGICAS.-HELENA DE TROYA

La sexualidad de los dioses.—Las aventuras de Zeus.—Artemis y Acteón.—Las mujeres y los dioses.—El rapto de Europa.—Danae.—Io.—La venganza de Hera.—Las Danaides y sus esposos.—Calisto.—Andrómeda y Perseo.—Helena de Troya.—Cómo empezó la guerra.—La actitud de Menelao.—Siguen los adulterios.—Helena y Telémaco.—El temor de otra guerra. Las aventuras de Ulises.—Los pretendientes de Penélope.—Muerte de Ulises 43

Páginas

EL AMOR EN LA MITOLOGIA EGIPCIA

Divinidades humanas y animales.—Omnipotencia de los dioses.—Los principales personajes del ciclo de Tebas.—La Esfinge.—El oráculo de Delfos.—Edipo y Yocasta.—Sus amores incestuosos.—El culto de Isis.—La iniciación sexual en el templo de Osiris.—Las «cristóforas».—Los rituales preliminares de la desfloración.—Los animales sagrados.—El bestialismo religioso.—Razones de estas prácticas.—El amor entre los antiguos egipcios 57

LOS PUEBLOS ORIENTALES

Las equivalencias de Adán y Eva.—Mitología japonesa.—Los primeros dioses del Olimpo nipón.—Los partos de Izanami y los hijos de Izanaji.—La purificación del dios viudo.—El primer incesto en el Japón.—Las hazañas de Susanoo.—La decisión de Amateratsu.—La vanidad femenina.—El dios de la Astucia.—El «macho impetuoso».—El primer emperador.—Los símbolos de la procreación.—Mitología india. El culto de Krishna 67

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Las tres Gracias..... 16

LAMINA II
Diana..... 17

LAMINA III
La Fortuna..... 32

LAMINA IV
Ceres y Pomona..... 33

LAMINA V
Danae..... 48

LAMINA VI
Diana y Calisto..... 49

LAMINA VII
Andrómeda y Perseo 64

LAMINA VIII
El Juicio de París..... 65